

EJÉRCITO Y ARMADA

Diario defensor de sus clases activas y pasivas

Fundador y Director: Don Clodoaldo Pifal

AÑO IV
Dirección, Redacción y Administración
Alcalá, 19 duplicado, 3.º
Apartado núm. 436.

Precios de suscripción
Madrid, un mes..... 1,50 ps.
Provincias, trimestre..... 5 »
Extranjero, año..... 40 »
Clases é individuos tropa, mes. 1 peseta

MADRID
Sábado, 2 de Mayo de 1908

ANUNCIOS
Cuarta plana..... 10 céntimos línea.
Reclamos y noticias. 25 »
Proyectos, planos, retratos, etc., precios convencionales.

Número 1.014
Número del día, 5 céntimos.
Idem atrasado, 20 ídem.

Dos de Mayo de 1908

A LA VILLA DE MADRID



Ha transcurrido un siglo desde aquel día glorioso en que «la del viento río», la «de solaná desnuda y parda vega», la del «vistoso campo de flores, aunque todas de carrasco», la hospitalaria por excelencia, que no cosechó nunca más que los frutos amargos de la ingratitud, supo escribir, con la sangre de sus hijos, una brillante página de sublimidad y valentía en la Historia de la Nación y en la suprema ejecutoria de la independencia de los pueblos.

Madrid es, desde aquel día trágico, el pueblo del *Dos de Mayo*, y este título es quizá el más alto y hermoso de los que ha sabido ganarse á través de los tiempos y el que más ha de perdurar en su escudo.

Madrid supo acreditar en aquella fecha memorable que sabía ser para las palpitations del alma nacional como el corazón es el cuerpo humano para las palpitations de la sangre y se coronó para siempre sobre las cimas resplandecientes del heroísmo; Madrid se mostró digno de la tradición y de la raza.

Hoy es preciso rendir ante la muy heroica villa un tributo de admiración y así lo hacemos con todas las efusiones del entusiasmo. Así lo hace, sin duda ninguna, toda España, y así lo harán también cuantos alcancen la veneración y el respeto debidos á los grandes arranques generados por el honor, por la dignidad y por los amores de la Patria.

¡Salud al pueblo inmortal del *Dos de Mayo*!

Ante los recuerdos

Y el que sigue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarda frente.
QUINTANA.

«Nos acercamos—dice un conocido historiador al llegar á Mayo de 1808—á uno de esos momentos críticos, supremos y solemnes de las naciones, en que el exceso del mal inspira y aconseja el remedio, en que la indignación por la perfidia que se observa en unos, el dolor de las humillaciones y de la degradación que se advierte en otros, producen en un pueblo una reacción viva y saludable hacia el sentimiento de su dignidad ultrajada, le hacen volver en sí mismo, le sugieren ideas grandes y nobles, le dan el valor de la ira y la desesperación, le hacen prorrumper en impetuosos y heroicos arranques que admiran y asombran, y recobra al fin su honra mancillada, y recupera su empañado brillo.»

No cabe una expresión más acabada ni completa de lo que fué y de lo que se realizó en aquella fecha gloriosa, el *Dos de Mayo*, que abrió para la Nación española todo un horizonte de luchas, de reivindicaciones y de afanes, como una vida nueva de sentimientos, de voliciones adormidas y como el paso á un resurgimiento de grandezas. Hemos alcanzado ya el término de un siglo en aquel terrible horizonte y en aquella vida magnífica; hemos dejado ríos de sangre por el camino recorrido; hemos cedido más de una vez al desaliento y en otras muchas nos ha confortado y galvanizado el entusiasmo; la fatalidad con su rigurosa competencia y la desgracia con el afligir de sus desmayos, nos han perseguido y martirizado inclementes un día y otro día, un año y otro año, pero el impulso ha reaccionado sin descanso y hemos continuado la marcha, subiendo la espinosa montaña, cayendo y levantándonos, resbalando y retrocediendo en ocasiones, ó avanzando con saltos inesperados en algunas; ha transcurrido un siglo, hemos derrochado el esfuerzo, gastado en vano el tiempo y... aún no está muy cercana la hermosa cumbre del resurgimiento deseado.

Oportunidad es de reflexionar en todo esto al conmemorar hoy aquella tragedia soberana. Hace ya muchos años, cuando aún vivía la generación atropellada por la codicia y la soberbia napoleónicas, esta fecha del *Dos de Mayo* parecía tener cierto espíritu rencoroso; fulguraciones de un odio vinculado caldeaban los ánimos, y algo así como la renovación de una herida parecía estremecernos á todos. Hoy, por fortuna, ya se ha pasado todo aquello y al celebrar este primer Centenario de aquel singular ejemplo de temeridad y sacrificio, no hemos de ver en él más que una obligada santificación del heroísmo, del amor á la independencia y el culto de la patria; un tributo de admiración, al que no puede menos de concurrir toda la península ibérica, uniendo con ese tributo el de su fraternidad y su entusiasmo, desde Cádiz al Bidasoa, del Ter á la desembocadura del Tajo y desde la clase más elevada y venerable á la más baja y más anulada en su ineptitud ó

su pobreza. Conviene, además, repetimos, que también sea para toda esa península ibérica el día de hoy una fecha solemne, de profunda meditación, á fin de considerar esos cien años transcurridos, y aprendiendo en el génesis y en las consecuencias de los hechos, procurar ya en lo sucesivo tenerlas muy advertidas y presentes, que así tan sólo podremos ver satisfecho y realizado el ensueño de grandeza y concordia que á todos nos debe infundir el patriotismo. Sí, elevemos al cielo nuestras plegarias por los muertos, honremos la memoria de nuestros héroes, ahogemos todo linaje de rencores, y al examinar lo pasado, aprendamos en su elocuencia, formemos juicio, y hagamos cuanto sea posible, todos y cada uno, para que si el 2 de Mayo de 1808 pudo ser como un paso al resurgimiento de una vida, éste de su primer centenario sea el de otro á una orientación determinada.

Gloria, pues, á los héroes, olvido á los agravios y la santa paz del mutuo respeto entre los pueblos.

EL DOS DE MAYO

Oigo patria tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman, tocando á muerto,
la campana y el cañón;
sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones
y oigo alzarse á otras regiones,
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias
y del arte las canciones.

Lloras, porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron...
¡á ti, á quien siempre temieron,
porque tu gloria admiraron,
á ti, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;
á ti, soberbia matrona
que libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona.

Do quiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva,
cantando su valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el África, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria,
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
canta tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros...
por que indómitos y fieros
saben hacer tus vasallos,
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aún hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto...
¡Espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre
con ansia abríre la historia;
presta luz á mi memoria,
y el mundo y la patria á coro,
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que en su delirio profundo
cantando guerra; hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansioso á España regir;
y no llegó á percibir,
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar;
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron
hasta las tumbas se abrieron
gritando ¡venganza y guerra!

La Virgen con patrio ardor
ansiosa salta del lecho,
el niño bebe en el pecho
odio á muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere:
tu madre te vengará...!»

¡Y suenan patrias canciones
cantando santos deberes;
y van roncadas las mujeres
empujando los cañones;
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba...

Mártires de la lealtad
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
en la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero,
jura con rostro altanero,
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

Bernardo López García.

TESTIMONIOS

De Lafuente.

Amaneció al fin el que había de ser para siempre memorable 2 de Mayo. Desde muy temprano se empezaron á notar aquellos síntomas que por lo regular preceden á los sacudimientos populares. Grupos numerosos de hombres y mujeres, entre los cuales muchos paisanos de las cercanías de Madrid que se habían quedado la víspera, fueron llenando la plaza de Palacio, puesto de donde habían de partir los Infantes. A las nueve salió el carruaje que conducía á la Reina de Etruria y sus hijos, sin oposición y sin sentimiento de nadie, ya por mirársela como una princesa casi extranjera, ya por ser del partido contrario á Fernando. Difundieron los criados de Palacio la voz de que el Infante D. Francisco,

niño todavía, lloraba porque no quería salir de Madrid. Enterneció esto á las mujeres, y excitó la ira de los hombres. A tal tiempo se presentó en la plazuela el ayudante de Murat Lagrange, y calculando el pueblo que iba á apresurar la retrasada partida, levantose un general murmullo. Cuando el combustible está muy preparado, una chispa basta para producir un incendio. Al grito de una mujer anciana: ¡Válgame Dios, que se llevan á Francia, todas las personas Reales! lanzose la multitud sobre el ayudante del gran duque, que habría sido víctima del furor popular, á no haberle escudado con su cuerpo un oficial de guardias walonas; y aun los dos corrian peligro de ser despedazados, y solo debieron el quedar con vida á la aparición de una patrulla francesa en aquellos críticos momentos. Murat, que no vivía lejos, y pudo saber lo que cerca del Palacio pasaba, envió un batallón con dos piezas de artillería. El modo que tuvo esta tropa de contener el alboroto, fué hacer una descarga sin previa intimación sobre la indefensa muchedumbre, que irritada más que aterrada se dispersó darramándose por toda la población, gritando y excitando á la venganza.

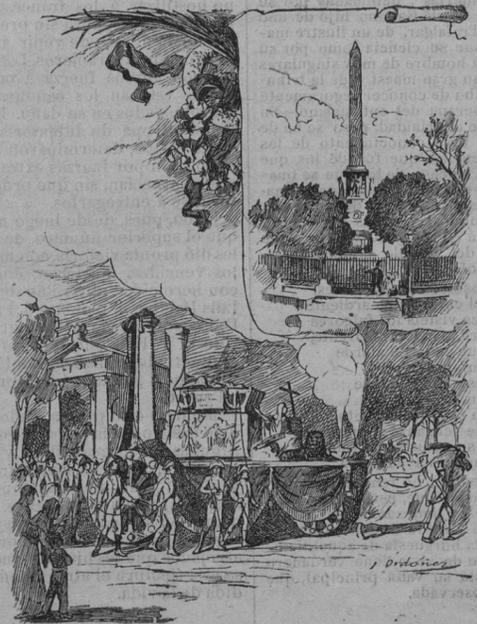
Instantáneamente se vió á los moradores de la capital lanzarse á las calles, armados de escopetas, carabinas, espadas, chuzos y cuantos instrumentos ofensivos pudo cada uno haber á las manos, y arrojarse con ímpetu y denuedo sobre cuantos franceses encontraban, especialmente contra los que hacían fuego ó intentaban unirse á sus cuerpos, si bien á los que imploraban clemencia los encerraban en sitio seguro, y los que permanecían en sus alojamientos fueron con cortas excepciones respetados. En el centro de la población el gentío era inmenso, y los inexpertos habitantes creyeron por un momento asegurado su triunfo. Poco les duró aquella ilusión. Murat, que estaba acostumbrado á pelear, así en los campos de batalla como en las calles y plazas de las grandes poblaciones, y que tenía sus tropas estratégicamente acantonadas y preparadas para un caso que no le era imprevisto, ordenó los movimientos de sus huestes de modo que penetrando por los diferentes extremos de la capital y confundiendo por las principales calles al centro, fueron arrollando la muchedumbre, en tanto que la Guardia imperial mandada por Daumesnil acuchillaba los grupos, y que los lanceros polacos y los mamelucos, que se señalaron por su crueldad, forzaban las casas de donde les hacían ó suponían ellos hacerles fuego y les entraban á saco y degollaban á sus habitantes. Apesar de la desigualdad de las fuerzas y de la superioridad que da el armamento, la instrucción y la disciplina militar, batiase el paisanaje con arrojo extraordinario, muchos vendían caras sus vidas, á veces hacían retroceder masas de ginetes, otras asataban un tiro certero desde una esquina, mientras desde los balcones, ventanas y tejados, hombres y mujeres arrojaban sobre las tropas imperiales cuantos objetos podían ofenderlas. Más aunque sobrava ardor y corazón, y se repetían y menudeaban aisladas proezas y hechos de individual heroísmo, la lucha era insostenible por parte de un pueblo desprovisto de jefes y desorganizado.

Encerrada en sus cuarteles la tropa española por orden de la Junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete, estaba inactiva por obediencia, aunque rebasando en disgusto y enojo. Grupos de paisanos se dirigieron en tropel al parque de artillería con objeto de apoderarse de los cañones y prolongar así su

desespera la resistencia. La voz de haber asaltado los franceses uno de los otros cuarteles, envió á los artilleros, ya fluctuantes, á decidirse á tomar parte con el pueblo; y puestos al frente los valerosos oficiales D. Pedro Velarde y don Luis Daoiz, y haciendo sacar tres cañones, y sostenidos por los paisanos y por un piquete de Infantería mandado por un oficial llamado Ruiz, se propusieron rechazar al enemigo, logrando al pronto rendir un destacamento de cien franceses. Más luego cargó sobre ellos la columna de Lefranc, y empeñose un rudo combate, hicieronse mortíferas descargas, perecieron muchos de uno y otro lado, cayendo desde el principio mortalmente herido el oficial Ruiz, murió gloriosamente el intrépido Velarde atravesado de un balazo, los medios de defensa escaseaban y los franceses cargaron á la bayoneta. No valió á los nuestros hacer demostraciones de rendirse, el enemigo se arrojó sobre las piezas, dió muerte á algunos soldados y desapiadado acabó á bayonetas á don Luis Daoiz. Tal fué la defensa del parque, la que más sangre costó á los franceses, y tal el ejemplo de patriotismo que dieron los beneméritos Daoiz y Velarde, gloria y honra de España, que desde entonces han sido y serán eternamente para ella objetos de justa veneración y de culto patrio.

La Junta de Gobierno, ya que no dió puebas de energía, quiso dar pruebas de humanidad comisionando á dos de sus miembros, O'Farrill y Azanza, para decir al príncipe Murat que si mandaba cesar el fuego y les daba un general para que les acompañase, ellos se ofrecían á restablecer el sosiego en la población. Murat que se hallaba en la cuesta de San Vicente con el mariscal Moncey y otros jefes principales, accedió á la demanda de los comisionados; y partieron estos, llevando en su compañía al general Harispe, y varios consejeros que se les incorporaron; recorriendo calles y plazas, agitando pañuelos blancos, y gritando ¡Paz! ¡Paz! La multitud se fué aplacando con la oferta de que habría reconciliación y olvido de lo pasado. Muchos infelices debieron á este paso la vida. Los paisanos se fueron retirando, y los franceses ocuparon las bocacalles colocando en ciertos puntos cañones con la mecha encendida, para acabar de amedrentar la población y como signo fatal de que la reconciliación y el indulto se iban á convertir en desolación y en venganza. Y así fué. Comenzaron á difundir nuevo espanto, voces siniestras de que algunos inofensivos habitantes habían sido arcañados junto á la fuente de la Puerta del Sol so pretexto de llevar armas.

Con arreglo á este bando draconiano, reconocían y prendían los franceses á todo el que llevara alguna arma, bien que fuese una navaja, ó unas tijeras de su uso, y á unos fusilaban en el acto, y á otros encerraban en los cuarteles, ó en la casa de Corroes, donde se había establecido la comisión militar. Llegó la noche, y solo interrumpía su pavoroso silencio el estampido del cañon que de cuando en cuando retumbaba, ó el ruido de la fusilería que descargaba sobre los infelices que en pelotones ó amarrados de dos en dos eran pasados por las armas, sin oírles descargo ni defensa, junto al Salón del Prado, en el sitio en que hoy se levanta un fúnebre trofeo, monumento triste y glorioso, que está recordando y recomendando á la posteridad el patriotismo de los que allí fueron sacrificados, y es padrón de afrenta para los inhumanos sacrificadores. Todavía en la mañana siguiente fueron fusilados



lados en la Montaña del Príncipe Pio algunos de los arrestados la vispera. Tal remate tuvo el movimiento popular del día 2 de Mayo en Madrid, día eternamente memorable en los fastos españoles. Los nombres de Velarde y de Daoiz se hallan con justicia esculpidos con letras de oro en el santuario de las leyes; la patria ha honrado como á beneméritos hijos suyos á los que por ella se ofrecieron en holocausto, y todos los años una solemne cívico-religiosa mantiene viva en los pechos de los españoles la memoria de aquél día de luto, de llanto y de gloria para la patria.

De Alcalá Galiano (1)

El día 1.º de Mayo tenía Madrid un aspecto tétrico y amenazador sobre todo cuanto puede ponderarse, y sobre todo cuanto después se ha visto, aún en el discurso de nuestras bravas, furiosas y enconadas discordias. Estaba aquel día de guardia en el Príncipe, situado como ahora en la Puerta del Sol, tropa de los Batallones de Marina, de que había en Madrid alguna fuerza, y mandaba aquella guardia el oficial de la Real Armada D. Manuel Esquivel, mi condiscípulo y amigo. Me encaminé á verle, tanto por visitarle, cuanto por ser en aquel lugar donde mejor se advertía lo que pasaba. Encontrele acoagado porque á cada minuto estaba esperando un rompimiento y tenía su tropa sin cartuchos, tanto era el cuidado con que la Junta de Gobierno, compuesta de los ministros del rey, y que todavía en su nombre regia á España, tiraba á evitar que á las provocaciones de los franceses respondiesen con actos de hostilidad los soldados españoles, ó que en éstos encontrase ayuda el pueblo si se llegaba á romper un tumulto. Pero el alboroto temido estaba casi empezado. Rebosaba la Puerta del Sol de gente, pintándose en los rostros de todos los extremos de la pena y la ira, como esperando noticias de Francia, sin aguardar una buena, como contando los momentos que faltaban para dar desahogo y satisfacción á sus rabiosas pasiones.

Cada francés que pasaba recibía insultos y amenazas. En esto asomó el gran duque de Berg con su comitiva. Silvidos escandalosos, aullidos feroces, gestos de amenaza, dictados por un frenesí de cólera, saludaron á tan encumbrado personaje, el cual aparentó no entender ó despreciar tan claras é insolentes demostraciones. Muy poco después vióse venir el pobre y feo coche en que iba de paseo el infante D. Antonio. Renovóse á esta vista el alboroto, siendo por otro estilo igualmente significativo. En aquel hombre tosco y limitado se veía representada la familia real de España y su sobrino el Monarca. Por eso le saludó la voz popular con extremos de amor delirante. Los altos y repetidos vivas del numeroso concurso eran dados como si desgarrasen los pechos de que salían. Al darse las aclamaciones, notábase que se daban con ojos encendidos y llorosos y rostros demudados, y volaron por el aire los sombreros arrojados con tal ímpetu, que dieron muchos con violencia contra el coche.

Aquella gritería y la anterior eran dos partes de una misma demostración de cruda guerra, destinada la primera á reto mortal al contrario, y la segunda de protesta á aquellos por quienes pensaba sacrificarse el pueblo, de estar, no solo dispuesto al sacrificio, sino ansioso de consumarle. Alma de hielo era preciso tener para no sentirse conmovido hasta lo sumo con tal escena. En mi hizo un efecto prodigioso, y por mi corazón juzgo de los ajenos; y lo que siguió acreditó no ser aventurado mi juicio. No pasó más, sin embargo, en aquella tarde, próximo ya á terminar cuando ocurrió el último alboroto. Cerró la noche, y vuelto yo á mi casa fué la conversación de mi familia, como es probable que fuese la de otras, sobre el grande asunto que ocupaba todos los pensamientos. Véase ya inminente una refriega, y temiéndola, como era natural, nadie ó pocos deseaban que se evitase.

Amancejó el día 2 de Mayo, tan célebre en los anales de la nación española. Estaba yo vistiéndome para salir á la calle con la inquietud natural en aquellas horas, cuando entró azorada mi madre, y solo me dijo las palabras: ya ha empezado. Véase, pues, que no se necesitaba designar el hecho que tenía principio, sino que se daba noticia de su llegada como de cosa conocida, y cuya tardanza daba golpe. Me asomé al balcón y noté correr las gentes. Al momento, vistiéndome de cualquier modo, me puse en la calle. Vivía yo en la calle del Barco, en la casa que tiene esquina á la de la Puebla vieja, sitio no de los de mayor concurrencia, aunque tampoco de los más apartados del centro ó de los lugares donde más ardía la pelea, en lo que hubo de verdadera pelea en aquel día. No bien salí, cuando vi algunas gentes de la plebe furiosa seguir á tres franceses que, trabados del brazo, iban por el arroyo evitando las aceras, con paso firme y regular continente,

si no sereno, digno, amenazándolos una muerte cruel y teniendo que sufrir, ser blanco de atroces insultos. Sin embargo, los que le seguían se contentaban con decirles injurias y prometerles acabar con ellos; pero no pasaban de las palabras á las obras, sintiendo repugnancia en acometer á aquella gente indefensa, circunstancia que faltó en algunos casos, pero que no fué tan rara cuanto se supone, pues si cayeron asesinados muchos del ejército invasor al intentar trasladarse de sus casas á los cuarteles, no menos hubo que, sin recibir lesión, hicieron un tránsito tan peligroso. Los tres de quienes he hablado bajaron por la calle del Pez, y yo los vi á largo trecho seguidos y acosados, pero no tocados por sus perseguidores. Hasta hubo un hombre bien portado que tuvo valor para decir que no debía emplearse la furia española en hombres así desarmados y sueltos; siendo muy de notar que este consejo, sin ser atendido ni desestimado, no causó á quien le dió el mayor daño en aquella hora de efervescencia.

Oíanse entre tanto algunos tiros á lo lejos, pero no descargas. Ibanse juntando cuadrillas tan ruidosamente armadas, que era locura en ellas pretender habérselas con soldados franceses. A una de ellas, capitaneada por un muchacho como artesano, que gritaba: ¡Muchachos, á reunirse, viva Fernando! me agregué yo, y echamos hacia la calle de Paencarral. Pero unos insistían en que fuéramos á los cuarteles á juntarnos con la tropa y con ella pelear en orden, y otros querían que embistiésemos con los franceses desde luego, esto es, que cayésemos sobre los que pasaban, como aquellos á quienes acababa yo de ver perseguidos poco antes. En suma, era la cuestión entre el ejército regular y las guerrillas. Pendiente la disputa, uno se volvió á mí, y me preguntó: ¿Qué hace usted? La mala traza de mis asociados me disgustó, y dije: No tengo armas, y voy á mi casa á buscarlas. En efecto, iba yo de paisano. Vayo usted, me dijo otro; pero de ellos, uno, parándome y notando mi comprensión débil y mis apariencias de señorito y de tener menos que diez y nueve años (que era mi edad), me dijo con desprecio: Usted no sirve para nada.

El cumplimiento, aunque tal vez merecido tratándose de la clase de obra que mis casuales compañeros me proponían, no me dió gusto, y si la sospecha de que debía tenerlos tanto cuanto á los franceses. Escurrime, pues, y estando cerca mi casa me entré en ella, á donde, tomando mi sombrero con galón de plata y mi espada, volví á salir en traje que ahora sería raro, y no lo era entonces, cuando solía llevarse el sombrero de militar con el frac ó la levita de paisano.

Otra vez en la calle, tropecé con un oficial, á quien pregunté lo que había. Contestóme él con la pregunta del cuerpo á que yo pertenecía, creyendo por el galón de mi sombrero que era yo de las Guardias de Corps ó de las españolas ó Walongas.

Pero como le dije que era maestrastrante, no más me dijo «que me volviese á casa», que los militares tenían orden de no moverse y de tirar á sosegar el tumulto que este había empezado hacia la plaza de Palacio, con motivo de ir á ponerse en camino para Bayona los infantes D. Antonio y D. Francisco de Paula; que el pueblo había caído sobre franceses dispersos, y dado muerte á algunos; pero que yendo juntándose los enemigos en grande y ordenada fuerza, ninguna había capaz de hacerles frente; que la rabia popular estaba en su más alto punto y era temible, y, en suma, que seguir yo por las calles no me llevaría á fin alguno bueno.

A pesar de mi entusiasmo, conocí lo juicioso de estas reflexiones, y puesto que las tropas no habían de entrar en la lid, determiné volverme á casa á esperar los sucesos y si llegaba el momento de mezclarse en la refriega la gente decente y juiciosa. Entrado en casa, mi madre me prohibió que saliese más, prohibición que habría yo quebrantado si hubiese visto que podía hacerlo para algún fin ventajoso. Pero solo se veía en las calles paisanos furiosos, casi todos de las clases ínfimas, provocando, y uno ú otro militar contenido.

De los primeros, los hubo que demostraron ciego valor, abalanzándose á los franceses armados y juntos á buscar venimiento ó exterminio seguros; pero en casi ningún punto hubo verdadero combate, salvo en el Parque de Artillería. El 2 de Mayo fué, pues, sublime por el valor temerario de algunos y por el propósito de declararse contra el formidable francés, casi general en todos, pero no fué un milagro, y eso habría sido si turbas de paisanaje, ninguna de ellas muy crecida, y con buenas armas, hubiese intentado una lid con batallones ó siquiera con compañías del enemigo.

La polestrabada en el Parque de Artillería, fué de gran lustre para los que le defendieron. Las tropas tenían orden de no hostilizar á los franceses y de mantenerse cerradas, pero sin prevenirseles que harían en el caso de venir á sus cuarteles los soldados extranjeros. Los franceses destacaron alguna fuerza á ocupar el lugar donde estaban los cañones que podrían ser empleados en su daño. Los artilleros y la poca tropa de Infantería que por allí cerca estaba, determinaron oponerse á la ocupación por fuerzas extrañas de puntos que guarnecían, sin que orden alguna autorizase á entregarlos.

Hubo, pues, desde luego hostilidades en que el superior número de los franceses les dió pronta victoria, con mucha honra de los vencidos. Murieron, como es sabido, con heroicidad el capitán de artillería don Luis Daoiz y el teniente del mismo cuerpo D. Pedro Velarde, y cayó gravemente herido D. V. Ruiz oficial de infantería del regimiento de granaderos del Estado. Varios soldados y paisanos tuvieron la misma fatal suerte.

Mientras esto pasaba, en lo demás de Madrid casi no había pelea, pero paz tampoco. Algunas cortas cuadrillas, y aun hombres sueltos, insistían en matar franceses. Pero ya de estos no andaban muchos ó pocos desperdigados por las calles. A los que formaban en compañías ó piquetes ocupando algunos puntos, hubo hombres locamente arrojados que les hicieron fuego, pagándose casi siempre el atrevimiento con la pérdida de la vida.

Las gentes de clase superior estaban asomadas á los balcones, en los puntos donde no había tiro, y desde allí, viendo y oyendo, procuraban enterarse de lo que pasaba. Los de nuestra calle hacíamos lo que en todas. Hubo ocasiones en que, creyendo empezada la lid y viendo pasar paisanos furibundos, sin armas y pidiéndolas, acudí yo á juntar las pocas que había en casa y á echárselas desde el balcón, lo cual me estorbó hacer mi madre, no obstante su odio arrebatado á los franceses, y me estorbó con acierto, pues averiguado á alguno haber hecho lo que yo intenté, fué castigado con muerte pronta. Vivía enfrente de nuestra casa, por el lado de la calle del Barco, la señora condesa de Tilly, cuya madre habitaba en el cuarto segundo de la casa en que yo ocupaba el principal. Hablabanse de balcón á balcón. En esto pasó por la calle, vestido de uniforme, don N. Morfi, oficial de los guardias reales de infantería, y conocido nuestro de vista por ser gaditano.

Preguntándole qué había desde casa de la señora de Tilly, respondió vituperando el alboroto y tratándole de despreciable, así como aconsejando la tranquilidad, ó por ser como era, adicto á los franceses, ó por creer oportuno aplacar el furor reinante y desvanecer ilusiones hijas de esperanzas locas.

En efecto, poco antes ó después un pobre desarrapado había publicado un grito que un gran cuerpo francés se había rendido todo, y la noticia de tal imposible, creída, había sido celebrada á palmadas desde las casas.

Así iban pasando las horas. La refriega en el Parque de Artillería, ocurrió bastante después de empezado el alboroto, había sonado con gran estruendo en nuestro barrio, del cual no distaba mucho el Parque, situado en la parte alta del de Maravillas. Hasta había venido una bala de cañón, disparada no se acierta á qué objeto, á dar en la pared de la casa que forma la esquina de la calle del Barco con la plazuela de San Ildefonso, donde dejó una señal que duró por algún tiempo. Adelantada ya la tarde; situóse un centinela junto á la pared de la iglesia últimamente citada, dominando desde aquel sitio la calle del Barco, que tanto ahonda hacia donde promedia. Esto dió origen á una escena graciosa, de las muy frecuentes en aquel día. Apostóse en la parte más baja de la misma calle del Barco, y cabalmente en el ángulo formado por nuestra casa, un intrépido manolo, resuelto, según parecía, á pelear, cuando ya pocos en Madrid seguían la desesperada contienda, y parapetándose con la esquina apuntaba al francés, el cual le correspondía con igual ademán, pero sin disparar uno ni otro, aguardando cada cual á que lo hiciese antes su contrario; hasta que pasado largo rato en bajar y subir el arma ambos enemigos entre risas de los espectadores, retiróse el español, y púsose á pasear el soldado extranjero, siendo de temer que el último cayese entre las víctimas sacrificadas en aquella tarde y la siguiente noche. Cesando ya el ruido del fuego y del vocerío del irrito pueblo empezaron á aparecer patrullas en que iban mezclados soldados españoles con franceses, acompañándolas y guiándolas oficiales de ambas naciones, que en alta voz predicaban paz y sosiego; prometiendo olvido.

Los guardias de Corps patrullaban en compañía con los polacos de la guardia imperial, todos ellos de la nobleza, advirtiéndose en los rostros de los primeros el dolor y el disgusto, y en los de los segundos enojo. También se sonó y publicó que el gobierno español había solicitado é impetrado del príncipe generalísimo francés que no tuviese consecuencias el grave suceso ocurrido, pacto solemnemente hecho, y escandalosamente quebrantado.

A las primeras horas de la tarde reinaba ya en Madrid una paz triste, acompañada de temor y rabia. A poco mas de las cuatro de la tarde salí yo con el sombrero de militar, que me hacía ir mas seguro. Encaminéme a casa de la señorita de quien he hecho mención, como objeto entonces de mi pasión amorosa, y residiendo está en un cuarto bajo de la calle del Pez, en su ventana me situé como tenía de costumbre. Veíamos pasar las patrullas por la calle casi solitaria. Pasado algún tiempo, advertimos una novedad, y fué que los que llevaban capa, que eran entonces casi todos, eran obligados á echárselas al hombro, para que debajo de ella no ocultasen armas. Así, había entre los vencidos, españoles y los vencedores franceses miradas de indecible provocación, siendo las de los últimos de insolencia y enojo, y demás vengativo y reconcentrado rencor las de los primeros, como si aun en aquellas circunstancias desafiásemos á sus dominadores. Ibase acercando la noche y nubándose el tiempo, amenazaba lluvia, habiendo sido serena la mañana. Por esta y otras razones me recojí á mi casa antes que anochece, acción imitada por casi todos, pues poquitos fueron los que pisaron las peligrosas calles de la capital en aquella noche aciaga y terrible.

Apenas había yo entrado en mi casa y acabado de anochecer, cuando situándose en la esquina una patrulla toda de franceses, advertimos que de enfia y registraba á todos los transeúntes, cuyo número era muy corto. Nada mas supimos por entonces de las tragedias que estaban pasando. En el silencio, tinieblas y soledad, empezaron á oírse tiros y descargas, que no cesaron hasta el amanecer del nuevo día. Apenas se podía conjeturar de que nacía aquel ruido. No oírse voces declaraba que no había pelea, lo cual tampoco era de suponer á tales horas y vista la situación en que la tarde anterior había quedado á las partes contrarias. Con la mañana vinieron las noticias que abultaban atrocidades de demasiado graves.

Los franceses, en la tarde y noche anterior, habían estado arcabuceando, ó, sin juzgarlos, ó después de un juicio como de burlas ante el incompetente tribunal de una comisión militar, formado de ellos mismos, á los españoles á quienes habían hecho presos por suponerlos parte en el recién aplacado alboroto, que calificaba de rebelión su jurisprudencia de conquistadores. Había servido de prueba del delito de haber entrado en la lid la circunstancia de llevar armas, y como raro español de la clase baja deja de tener una navaja, cuando

menos, para picar el tabaco, cuantos fueron cogidos y registrados en las calles fueron convictos de traer armas ocultas y tratados como delincuentes. A muchos de ellos mataron los enemigos á tiros en el patio del hospital é iglesia del Buen Suceso, añadiendo el sacrilegio á la bárbara injusticia y crueldad; á otros, en mayor número, cupo en suerte regar con su sangre el Paseo del Prado. Continuaron en el 3 de Mayo estos crueles suplicios. Llegaron por la mañana á noticia del público, que los ignoraba, como también otros lanceos lastimosos del día antecedente. Entre ellos merece especial mención el ocurrido en una casa de la Puerta del Sol, donde habitaba una familia unida con la mía por lazos de amistad antigua, y al lado de ella otra que le fué superior en la desgracia.

Cuéntase diversamente el origen del horroroso lance que me refiero. Afirman algunos que desde las ventanas de la tal casa dispararon uno ó más tiros á los franceses en el calor de la refriega, pues en aquel lugar la hubo, aunque breve, al paso que cuentan otros, y entre ellos los de la familia por mí citada, por la cual tuvimos la noticia, que no hubo por parte de quienes allí habitaban acto alguno, de hostilidad, que habiendo caído herido en la calle un mamelico, fué recogido y entrado en aquel portal, y que otros de sus compañeros, viéndole allí le creyeron asesinado por los mismos en cuya casa había tomado abrigo, y resolvieron vengarlos sangrientamente, fue se como fuese, aquella feroz soldadesca penetró en la casa donde, como en muchas de Madrid, había cuartos al uno y al otro lado. La familia nuestra amiga pudo ocultarse á tiempo en rincón obscuro ó cómodo donde salvó la vida, si no la hacienda, pues cuanto contenía la casa fué

ó robado ó destruido, buscándose á las personas para matarlas y causándose dentro de su mal seguro escondrijo largas horas de agonía. Peor suerte fué la de la casa vecina, donde se quedó vivo solo de los que en ella moraban, haciéndose la misma obra de robo y destrucción con las cosas inanimadas. Todo el día estuvieron los asesinos dueños de la casa esperando á descubrir sus víctimas en que ejecutar su furia. Abandonaronla entrada la noche con cuyo silencio y declarando la retirada de los invasores no sonar ruido de voces ó pasos, probaron los escondidos á huir á lugar más seguro. Abandonando el en que estaban ocultos, se encontraron primero con su dinero y objetos de valor robados y con sus muebles hechos pedazos; después aventurándose á abrir la puerta que daba á la escalera, con un cadáver allí tendido destruido por muchas heridas. Pusiéronse al cabo en salvamento, recogidos ya á otra parte con su botín y su venganza los autores de aquella tragedia.

Divulgada ésta por Madrid, causó horror á la par que los asesinatos del Prado. En la infima plebe, con ser extremado el odio á todos los franceses fué muy singular el que se cobró á los mamelicos á quienes no recomendaba llevar el traje de mahometano.

Pero, si cabe, causaron más indignación los franceses con sus palabras escritas y con el alarde que hicieron de su severidad, que con sus mismas reales y verdaderas. Trataban ellos de infundir terror para asegurarse la sumisión de los vencidos; y si en parte lograban su intento, era en parte y no más, y á vueltas con esto, despertaba ardiente sed de venganza que, reprimida, crecía, y empezada á satisfacer, necesitaba mucho para saciarse. Súpose que las repetidas descargas hechas del día dos al tres de Ma-

dió un ataque formal y decisivo, rompiendo nutrido fuego sobre el grupo de valientes que trataban de impedir la entrada en el edificio; gravemente herido Daoiz y muerto Velarde, los soldados de Napoleón lograron poner el pie dentro del arco que, como recuerdo de inmarcesible gloria, aún se conserva en la plaza del Dos de Mayo.

«El combate estaba ya perdido por parte de los españoles, y comprendiéndolo así el capitán Goicoechea, dicen que quiso promover la capitulación, que más tarde llevó á cabo, pero que Ruiz se opuso y desde aquel instante el Teniente de Voluntarios del Estado fué el alma de la defensa del Parque; fué el que infundió ánimo y esperanza á sus soldados; fué el que recogió la bandera del heroísmo, conservándola enhiesta mientras las fuerzas físicas no le abandonaron.

«Antes morir que entregarse—gritaba con acento de inquebrantable resolución;—tomemos la noble empresa de vengar la traidora muerte dada á esos oficiales de Artillería y yo juro sobre el puño de mi espada no salir sano de aquí, á no ser que el mismo francés proponga la capitulación.

«El juramento de Ruiz equivalía á firmar un pacto con la muerte, porque Murat había enviado al Parque tropa sobrada para poseionarse de él, con orden de fusilar á cuantos se hicieran prisioneros dentro del edificio y fuera, si se les cogía con armas.

«Momentos horribles fueron para el Teniente de infantería, hecho cargo, por efecto de las circunstancias, de la defensa del Parque; veáse rodeado de soldados enemigos; acabábasele las municiones; su gente iba disminuyendo á causa del nutrido fuego que les envolvía, y él, sólo, en pie, con un fusil en la mano, protegido por la jamba de una puerta, seguía haciendo bajas en el regimiento westfalano, disparando muchas veces á pecho descubierta, como poseído de un vértigo que ofuscaba sus sentidos.

«El Coronel del regimiento invasor, comprendiendo que la muerte de aquel valeroso militar le facilitaría la rendición de todos, mandó avanzar al batallón y hacer fuego contra Ruiz, que recibiendo sobre su cuerpo la descarga, cayó exánime cubierto de mortales heridas.

«Con el sacrificio del Teniente de Infantería terminó la heroica defensa del Parque; su sangre fué la última que se derramó en aquel sitio».

«Qué más decir? En la gloriosa corona de la Infantería española, en el áureo libro de la reina soberana de las batallas, el nombre de Ruiz no puede menos de resplandecer perpetuamente.

«Posesionados sin dificultad del Parque, pudieron, Daoiz, Velarde y la compañía de voluntarios del Estado, defenderse largo tiempo al ser acometidos por los franceses; pero ¡ah! que la acometida fué terrible y desesperado el denuedo de los defensores de la improvisada fortaleza. La primera división westfalana, al mando del general La Grange, empren-



RUIZ

Don Jacinto Ruiz, nació en Ceuta el 16 de Agosto de 1779, siendo sus padres D. Antonio Ruiz y D. Josefa Mendoza; y fué bautizado en la parroquia de los Remedios; entró á servir de Gadeite, en el regimiento Fijo de aquella plaza el 17 de Agosto de 1795; ascendió á segundo Subteniente del mismo regimiento en 19 de Julio de 1800; pasó á Subteniente del de Voluntarios de Estado en 21 de Enero de 1801, á los seis meses de prácticas; ascendió á primer teniente el 12 de Mayo de 1807.

Fueron recompensados sus servicios en la defensa del Parque con el empleo de teniente coronel de Ejército, destinándose como teniente al 4.º Batallón de Reales Guardias Walongas, al que pertenecía cuando falleció.

«Era muy aplicado á su profesión, de mucha capacidad y buena conducta.»

El Memorial Histórico de la Artillería Española por el capitán D. Ramón de Salas de quien hemos tomado asimismo, las noticias biográficas de Velarde y Daoiz, dice: «El 2 de Mayo fué, como ya he dicho, cubriendo su puesto en la tercera compañía del segundo batallón de Voluntarios de Estado, y sea que se hubiesen conocido antes, lo que no aparece de documento alguno ó que encontró en su pecho bastante valor para arrostrar los peligros á que se había arrojado Velarde, lo que es más probable, unió sus sentimientos á los de éste y tomó una parte tanto más activa en la defensa del Parque cuanto menos obligado estaba á ello yendo de subalterno, pues acompañó solo á Velarde cuando éste entró á desarmar la guardia francesa que había en el Parque, de cuya gloriosa acción se hizo partícipe. Este hecho da desde luego á entender que Ruiz excedió al valor y al entusiasmo común, y se resolvió al sacrificio de su vida por excitar la llama de la independencia á ejemplo de Daoiz y Velarde. Secundó valerosamente á éstos haciendo fuego de fusil con su pequeña tropa; y muertos ya nuestros denodados artilleros y lleno ya el patio del Parque de tropa francesa, continuó Ruiz la resistencia desde las habitaciones interiores cuando cayó herido de gravedad».

«De un inspirado trabajo que hace años publicó el Diario de Cádiz y que últimamente se ha reproducido en el notable folleto El teniente Ruiz y el Regimiento de Infantería Atava número 56, del Sr. Rey Joly copiamos el fragmento siguiente:

«Posesionados sin dificultad del Parque, pudieron, Daoiz, Velarde y la compañía de voluntarios del Estado, defenderse largo tiempo al ser acometidos por los franceses; pero ¡ah! que la acometida fué terrible y desesperado el denuedo de los defensores de la improvisada fortaleza. La primera división westfalana, al mando del general La Grange, empren-

menos, para picar el tabaco, cuantos fueron cogidos y registrados en las calles fueron convictos de traer armas ocultas y tratados como delincuentes. A muchos de ellos mataron los enemigos á tiros en el patio del hospital é iglesia del Buen Suceso, añadiendo el sacrilegio á la bárbara injusticia y crueldad; á otros, en mayor número, cupo en suerte regar con su sangre el Paseo del Prado. Continuaron en el 3 de Mayo estos crueles suplicios. Llegaron por la mañana á noticia del público, que los ignoraba, como también otros lanceos lastimosos del día antecedente. Entre ellos merece especial mención el ocurrido en una casa de la Puerta del Sol, donde habitaba una familia unida con la mía por lazos de amistad antigua, y al lado de ella otra que le fué superior en la desgracia.

Cuéntase diversamente el origen del horroroso lance que me refiero. Afirman algunos que desde las ventanas de la tal casa dispararon uno ó más tiros á los franceses en el calor de la refriega, pues en aquel lugar la hubo, aunque breve, al paso que cuentan otros, y entre ellos los de la familia por mí citada, por la cual tuvimos la noticia, que no hubo por parte de quienes allí habitaban acto alguno, de hostilidad, que habiendo caído herido en la calle un mamelico, fué recogido y entrado en aquel portal, y que otros de sus compañeros, viéndole allí le creyeron asesinado por los mismos en cuya casa había tomado abrigo, y resolvieron vengarlos sangrientamente, fue se como fuese, aquella feroz soldadesca penetró en la casa donde, como en muchas de Madrid, había cuartos al uno y al otro lado. La familia nuestra amiga pudo ocultarse á tiempo en rincón obscuro ó cómodo donde salvó la vida, si no la hacienda, pues cuanto contenía la casa fué

ó robado ó destruido, buscándose á las personas para matarlas y causándose dentro de su mal seguro escondrijo largas horas de agonía. Peor suerte fué la de la casa vecina, donde se quedó vivo solo de los que en ella moraban, haciéndose la misma obra de robo y destrucción con las cosas inanimadas. Todo el día estuvieron los asesinos dueños de la casa esperando á descubrir sus víctimas en que ejecutar su furia. Abandonaronla entrada la noche con cuyo silencio y declarando la retirada de los invasores no sonar ruido de voces ó pasos, probaron los escondidos á huir á lugar más seguro. Abandonando el en que estaban ocultos, se encontraron primero con su dinero y objetos de valor robados y con sus muebles hechos pedazos; después aventurándose á abrir la puerta que daba á la escalera, con un cadáver allí tendido destruido por muchas heridas. Pusiéronse al cabo en salvamento, recogidos ya á otra parte con su botín y su venganza los autores de aquella tragedia.

Divulgada ésta por Madrid, causó horror á la par que los asesinatos del Prado. En la infima plebe, con ser extremado el odio á todos los franceses fué muy singular el que se cobró á los mamelicos á quienes no recomendaba llevar el traje de mahometano.

Pero, si cabe, causaron más indignación los franceses con sus palabras escritas y con el alarde que hicieron de su severidad, que con sus mismas reales y verdaderas. Trataban ellos de infundir terror para asegurarse la sumisión de los vencidos; y si en parte lograban su intento, era en parte y no más, y á vueltas con esto, despertaba ardiente sed de venganza que, reprimida, crecía, y empezada á satisfacer, necesitaba mucho para saciarse. Súpose que las repetidas descargas hechas del día dos al tres de Ma-

dió un ataque formal y decisivo, rompiendo nutrido fuego sobre el grupo de valientes que trataban de impedir la entrada en el edificio; gravemente herido Daoiz y muerto Velarde, los soldados de Napoleón lograron poner el pie dentro del arco que, como recuerdo de inmarcesible gloria, aún se conserva en la plaza del Dos de Mayo.

«El combate estaba ya perdido por parte de los españoles, y comprendiéndolo así el capitán Goicoechea, dicen que quiso promover la capitulación, que más tarde llevó á cabo, pero que Ruiz se opuso y desde aquel instante el Teniente de Voluntarios del Estado fué el alma de la defensa del Parque; fué el que infundió ánimo y esperanza á sus soldados; fué el que recogió la bandera del heroísmo, conservándola enhiesta mientras las fuerzas físicas no le abandonaron.

«Antes morir que entregarse—gritaba con acento de inquebrantable resolución;—tomemos la noble empresa de vengar la traidora muerte dada á esos oficiales de Artillería y yo juro sobre el puño de mi espada no salir sano de aquí, á no ser que el mismo francés proponga la capitulación.

«El juramento de Ruiz equivalía á firmar un pacto con la muerte, porque Murat había enviado al Parque tropa sobrada para poseionarse de él, con orden de fusilar á cuantos se hicieran prisioneros dentro del edificio y fuera, si se les cogía con armas.

«Momentos horribles fueron para el Teniente de infantería, hecho cargo, por efecto de las circunstancias, de la defensa del Parque; veáse rodeado de soldados enemigos; acabábasele las municiones; su gente iba disminuyendo á causa del nutrido fuego que les envolvía, y él, sólo, en pie, con un fusil en la mano, protegido por la jamba de una puerta, seguía haciendo bajas en el regimiento westfalano, disparando muchas veces á pecho descubierta, como poseído de un vértigo que ofuscaba sus sentidos.

«El Coronel del regimiento invasor, comprendiendo que la muerte de aquel valeroso militar le facilitaría la rendición de todos, mandó avanzar al batallón y hacer fuego contra Ruiz, que recibiendo sobre su cuerpo la descarga, cayó exánime cubierto de mortales heridas.

«Con el sacrificio del Teniente de Infantería terminó la heroica defensa del Parque; su sangre fué la última que se derramó en aquel sitio».

«Qué más decir? En la gloriosa corona de la Infantería española, en el áureo libro de la reina soberana de las batallas, el nombre de Ruiz no puede menos de resplandecer perpetuamente.

«Posesionados sin dificultad del Parque, pudieron, Daoiz, Velarde y la compañía de voluntarios del Estado, defenderse largo tiempo al ser acometidos por los franceses; pero ¡ah! que la acometida fué terrible y desesperado el denuedo de los defensores de la improvisada fortaleza. La primera división westfalana, al mando del general La Grange, empren-

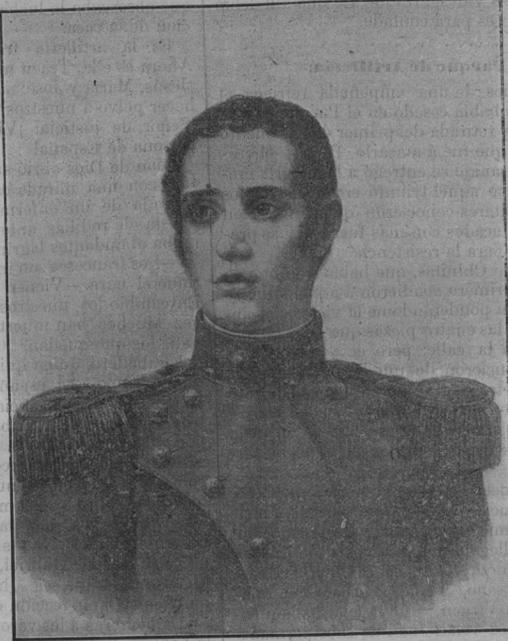
menos, para picar el tabaco, cuantos fueron cogidos y registrados en las calles fueron convictos de traer armas ocultas y tratados como delincuentes. A muchos de ellos mataron los enemigos á tiros en el patio del hospital é iglesia del Buen Suceso, añadiendo el sacrilegio á la bárbara injusticia y crueldad; á otros, en mayor número, cupo en suerte regar con su sangre el Paseo del Prado. Continuaron en el 3 de Mayo estos crueles suplicios. Llegaron por la mañana á noticia del público, que los ignoraba, como también otros lanceos lastimosos del día antecedente. Entre ellos merece especial mención el ocurrido en una casa de la Puerta del Sol, donde habitaba una familia unida con la mía por lazos de amistad antigua, y al lado de ella otra que le fué superior en la desgracia.

Cuéntase diversamente el origen del horroroso lance que me refiero. Afirman algunos que desde las ventanas de la tal casa dispararon uno ó más tiros á los franceses en el calor de la refriega, pues en aquel lugar la hubo, aunque breve, al paso que cuentan otros, y entre ellos los de la familia por mí citada, por la cual tuvimos la noticia, que no hubo por parte de quienes allí habitaban acto alguno, de hostilidad, que habiendo caído herido en la calle un mamelico, fué recogido y entrado en aquel portal, y que otros de sus compañeros, viéndole allí le creyeron asesinado por los mismos en cuya casa había tomado abrigo, y resolvieron vengarlos sangrientamente, fue se como fuese, aquella feroz soldadesca penetró en la casa donde, como en muchas de Madrid, había cuartos al uno y al otro lado. La familia nuestra amiga pudo ocultarse á tiempo en rincón obscuro ó cómodo donde salvó la vida, si no la hacienda, pues cuanto contenía la casa fué

ó robado ó destruido, buscándose á las personas para matarlas y causándose dentro de su mal seguro escondrijo largas horas de agonía. Peor suerte fué la de la casa vecina, donde se quedó vivo solo de los que en ella moraban, haciéndose la misma obra de robo y destrucción con las cosas inanimadas. Todo el día estuvieron los asesinos dueños de la casa esperando á descubrir sus víctimas en que ejecutar su furia. Abandonaronla entrada la noche con cuyo silencio y declarando la retirada de los invasores no sonar ruido de voces ó pasos, probaron los escondidos á huir á lugar más seguro. Abandonando el en que estaban ocultos, se encontraron primero con su dinero y objetos de valor robados y con sus muebles hechos pedazos; después aventurándose á abrir la puerta que daba á la escalera, con un cadáver allí tendido destruido por muchas heridas. Pusiéronse al cabo en salvamento, recogidos ya á otra parte con su botín y su venganza los autores de aquella tragedia.

Divulgada ésta por Madrid, causó horror á la par que los asesinatos del Prado. En la infima plebe, con ser extremado el odio á todos los franceses fué muy singular el que se cobró á los mamelicos á quienes no recomendaba llevar el traje de mahometano.

Pero, si cabe, causaron más indignación los franceses con sus palabras escritas y con el alarde que hicieron de su severidad, que con sus mismas reales y verdaderas. Trataban ellos de infundir terror para asegurarse la sumisión de los vencidos; y si en parte lograban su intento, era en parte y no más, y á vueltas con esto, despertaba ardiente sed de venganza que, reprimida, crecía, y empezada á satisfacer, necesitaba mucho para saciarse. Súpose que las repetidas descargas hechas del día dos al tres de Ma-



DAOIZ

Don Luis Daoiz, hijo de D. Martin Daoiz y Quesada y de D.ª Francisca de Torres Poncé de León, nació en Sevilla el 10 de Febrero de 1767...

de Artillería destacada en ella y en virtud de las órdenes del capitán general para que las tropas se mantuviesen quietas y encerradas en los cuarteles...

yo, no solo eran para quitar vidas sino tambien para anunciar que se estaban quitando, infundiendo con ello terror á la población silenciosa.

centenares de dragones que con su aspecto disiparon aquella muchedumbre, obligándoles á marcharse en paz (1).

De M. Thiers.

El 1.º de Mayo, que acertó á ser domingo, acudió á Madrid numeroso gentío de los lugares comarcanos, viéndose en las plazas y principales calles de Madrid.

Presentóse de súbito allí un ayudante de Murat, enviado por éste para hacer un obsequio á la Reina en el momento de su partida.

(1) Este, que bien se puede tachar de falso, no es más que una relación llena de intencionadas omisiones y de consideraciones irritantes, con juicios y calificativos tan artificiosos como indignos...

(1) No es cierto. Véase la relación de Alcalá Galiano. (2) Sin duda con el derecho de la fuerza. (3) Mucho, y en más de un lugar insiste M Thiers—dice un distinguido traductor de la Historia del Consulado...

los oficiales franceses que seguían dispersos en alojamientos particulares, apesar de haber encargado lo contrario Napoleón, y sobre los soldados sueltos, que en partidas cortas sin armas iban á recoger sus provisiones.

Al primer ruido de la pelea había montado á caballo Murat, y dictado órdenes con la resolución de un general acostumbrado á los varios lances de la guerra, disponiendo que las tropas de los campamentos inmediatos á Madrid se pusieran en movimiento...

Empezó la pelea en la plaza de Palacio, á donde había enviado Murat un batallón de infantería de la guardia imperial, con una batería por delante.

Los soldados franceses, veteranos y bisoños, iban adelante con firmeza, como guiados por una oficialidad aguerrida y valerosa.

La plebe, sostenida por campesinos de más valor que ella, no resistía de frente, pero se paraba en todas las esquinas de las bocas calles de travesía, para disparar, y además se entraba en las casas para hacer fuego desde las ventanas.

Allí seguían los franceses á sus contrarios y mataban á bayonetazos ó tiraban por las ventanas á todos los fanáticos cogidos con las armas en la mano.

Las dos columnas francesas que marchaban á encontrarse en un centro, el cual era la Puerta del Sol, habían arrollado hasta allí á la rebiosa muchedumbre, que, junta presentaba por obstáculo su misma densidad, y ya ni siquiera tenía por donde ponerse en huida.

Algunos escuadrones de cazadores y mamelucos de la guardia imperial, lanzados á tiempo contra aquella furiosa y confusa turba, la rompieron acuchillándola, y la forzaron á dispersarse por todas las calles en que estaba todavía franco el paso.

Los mamelucos, especialmente, haciendo uso de sus alfanjes corvos con singular destreza, cortaron algunas cabezas, dejando así en las gentes un espanto cuya memoria se ha conservado largos años en el pueblo madrileño.

Arrollado por todos lados el tropel de los paisanos, por lo mismo hubo de recogerse con empeño á las casas á hacer fuego desde las ventanas.

Las tropas del general Grouchy tuvieron que hacer varias justicias sangrientas en la Carrera de San Jerónimo, y, particularmente, en la casa del duque de Híjar, desde la cual les habían hecho un fuego vivo y certero.

Dos ó tres horas habían bastado para reprimir la sedición, y, después de la toma del parque, solo sonaban de cuando en cuando en las calles algunos tiros sueltos.

Los años después fué destinado al ejército de operaciones en Portugal, y en 12 de Julio de 1802 ascendió por antigüedad á teniente, con destino al cuartel de Segovia.

(1) No es verdad; lejos de cesar lo que M. Thiers llama justicias, duraron en toda la

Aquel día fatal, que, de allí á poco, había de ser citado en toda España, causando su recuerdo terrible efecto, dió de si inmediatamente contenerse la plebe madrileña, perdida ya toda ilusión en punto á sus propias fuerzas, convencida de que los soldados franceses, aunque jóvenes y bisoños, guiados por una oficialidad veterana, eran invencibles para los feroces campesinos españoles...

tarde del 2 de mayo, y en parte de la noche siguiente. Notorio es que fueron pasados por las armas varios que no habían peleado; pues, registrando los franceses vencedores á los que pasaban por las calles, aún muchas horas después de acabada la refriega, á aquellos en cuyo poder encontraban navajas, sin las cuales no suelen andar los españoles de la plebe, los llevaban ante el consejo de guerra por ellos formado, que sentenciaba á muerte á los en sumario parte inocentes, ejecutándose sin demora la sentencia.

Lo que sorprende en M. Thiers, observa el distinguido traductor á que ya nos hemos referido, es verle usar el mismo lenguaje de que se valían Napoleón y los suyos hablando del proceder del pueblo español, al cual calificaban de rebelde. ¿Como qué? Habiendo entrado los franceses en España fingiéndose amigos, y mostrándose dispuestos á hacer á la nación española el mayor agravo y afrenta que cabe en lo posible, ¿era rebelarse resistir á aquellos á quienes no se debía sumisión?

(1) Aquí, por lo visto, el autor no quiso acordarse de Ballén.

(2) Si dió aviso y extrajo es que nada diga ó sepa M. Thiers de la célebre carta del infante donde con fecha de Madrid, avisaba que ya se había marchado á Bayona, y se despedía de la junta hasta el valle de Jofafat con otros primores de pensamientos, estilo y dicción que han dado al mismo documento una celebridad merecida.

mento en el goce de todas las facultades y potestad real. Fué á alojarse en el real palacio, donde ocupó el cuarto antes del príncipe de Asturias, y, recorriendo con Napoleón el lenguaje de que solía hacer uso, le escribió que toda la fuerza de resistencia, de los españoles había quedado exhausta con el esfuerzo hecho en la jornada del 2 de mayo, faltando ya únicamente que nombrase el emperador francés el rey destinado á serlo de España, el cual reinaría sin obstáculo alguno.

Bando de Murat.

Soldados: mal aconsejado el populacho de Madrid, se ha levantado y ha cometido asesinatos: bien sé que los españoles que merecen el nombre de tales han lamentado tamaños desórdenes, y estoy muy distante de confundir con ellos á unos miserables que sólo respiran robos y delitos.

Artículo 1.º Esta noche convocará el general Grouchy la comisión militar.

Art. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

Art. 3.º La Junta de gobierno va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la corte que pasado el tiempo preciso para la ejecución de esta resolución anden con armas, ó las conserven en su casa sin licencia especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo corrillo que pase de ocho personas se reputará reunión de sediciosos, y se disipará á fusilazos.

Art. 5.º Toda villa ó aldea donde sea asesinado un francés, será incendiada.

Art. 6.º Los amos responderán de sus criados: los empresarios de fabricas, de sus oficiales; los padres de sus hijos, y los prebostes de conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores de libelos impresos ó manuscritos que provoquen á la sedición, los que los distribuyesen ó vendiesen, se reputarán agentes de la Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de Mayo de 1808.—Firmado Joaquín, por mandato de S. A. I. y R., el jefe del Estado Mayor general, Belliard.

Este bando monstruoso ha sido ya juzgado, mejor dicho abominado por la Historia. Llamarle draconiano, es muy poco.

(1) Eso hubiera él querido ¿Risum teneatis amici?

(2) Y por el cariño, si por el cariño que indudablemente supo conquistarse, merced á su generosidad y su clemencia.



VELARDE

D. Pedro Velarde, hijo de D. José Velarde Herrera y de doña Luisa de Santibañ, nació en Muriedas, en el valle de Camargo, Santander, el 25 de Octubre de 1773 y en 16 de Octubre de 1793 ingresó como caballero cadete en el Colegio de Artillería de Segovia, siendo promovido á subteniente del Arma con fecha 11 de Enero de 1799.

Dos años después fué destinado al ejército de operaciones en Portugal, y en 12 de Julio de 1802 ascendió por antigüedad á teniente, con destino al cuartel de Segovia.

Como Velarde reunía—dice uno de sus más distinguidos biógrafos—las apreciables cualidades de instrucción, juventud, ánimo esforzado y osadía para emprender, siendo por otra parte, como secretario de la Junta, el depositario de las noticias sobre la fuerza y disposición de nuestro material de guerra, juzgó Murat conveniente el atraerlo á su partido, y valiéndose para ello de un edecán del general de la artillería francesa, La Riboisiere, le hizo concurrir á su alojamiento diferentes veces, convidándole algunas á su mesa.

En dos ocasiones este convite para no hacerse más sospechoso, eludiendo las propuestas que se le hicieron para pasar al servicio

de Napoleón, y valiéndose mañosamente de este trato para conocer las intenciones de Murat y la disposición de las autoridades españolas.

El día Dos de Mayo concurrió, como de costumbre, á su secretaría, que estaba en la calle Ancha de San Bernardo, cuando ya la conmovición del pueblo comenzaba á notarse. Se sentó á su mesa, que estaba junto á la del comandante de Artillería y vocal de la Junta, D. José Navarro Falcón, manifestando ya su interior excitación. Cogió la pluma y se puso á borrar sobre un papel, diciendo al mismo tiempo á Falcón: "Mi comandante, es preciso batirnos, y vamos á batirnos."

Honor á los héroes! Bien se puede imaginar que si el espíritu de la nacionalidad bendice á sus mártires con los tafetanes de sus banderas, esas bendiciones irán mientras quede una sola bandera y un resto de nación á dejar su tributo en la sepultura de Velarde.

el grito de la humanidad ofendida; es la conciencia que habla: Invadir un país con el pasaporte de aliados, ocuparle valiéndose de todo linaje de artificios y villanías; responder á su generosa hospitalidad provocándole, despreciándole abiertamente, y luego, cuando ese país, contestando á la bofetada que recibe se alza con el pecho en defensa contra legiones de veteranos bien armados, no aprovechando ni la traición ni la emboscada, sino de frente, con la nobleza de león irritado, sin atender á la insuficiencia de sus medios, castigarle, tratarle allí con el rigor que hubiese merecido la más infame alevosía, y tener el descaro, el cinismo insultante de querer todavía justificar ese castigo diciendo que la sangre francesa está reclamando venganza, no tiene nombre ni puede merecer otra cosa que los anatemas de la Humanidad y de la Historia.

¡Paz á los muertos! Los odios han desaparecido con los verdugos y las víctimas; pero recordando aquel atropello incomparable no puede menos de verse un fallo providencial, que tranquiliza en la ejecución, años después, del rey de Nápoles y en aquella terrible agonía de Santa Elena. ¡Paz á los muertos y gloria perdurable á los mártires de la Patria!

AL DOS DE MAYO

Noche, lóbrega noche, eterno asilo; Del miserable que esquivando el sueño Profundas penas en silencio gime, No desdenes mi voz; letal beleño Presta á mis sienes, y en tu horror sublime Empapada la ardiente fantasía Da á mi pincel fatídicos colores, Con que el tremendo día Trace al fulgor de vengadora tea; Y el odio irrite de la patria mia Y escándalo y terror al orbe sea. ¡Día de execración! La destructora Mano del tiempo le arrojó al Averno; Más, ¿quién el sempiterno Clamor con que los ecos importuna La madre España en elutad arreo Podrá atajar? Junto al sepulcro frío, Al pávido lucir de época luna; Entre cipreses fúnebres la veo: Trémula, yerta y descaído el manto, Los ojos moribundos Al cielo vuelve que le oculta el llanto: Roto y sin brillo el cetro de dos mundos Yace entre el polvo, y el feón guerrero Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay! que cual débil planta Que azota en su furor horríido viento, De víctimas sin cuento Lloró la destrucción Mantua afligidal Yo vi, yo vi su juventud florida Correr inerte al huésped ominoso Mas ¿qué ser generoso Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo En quien su honor y su defensa fia, La condenó el caudillo. ¿Quién, ay! la alevosía, La horrible asociación habrá que cuente Que hollande de amistad los santos fuero Hizo furioso en la indefensa gente Ese tropel de tigres carniceros? Por las henchidas calles Gritando se despena La infame turba que abrigó en su seno, Rueda allá rechinando la curreña, Acá retumba el espantoso trueno: Allí el joven lozano, El mendigo infeliz, el venerable Sacerdote pacífico, el anciano Que con su airada faz respeto imprime, Juntos amarra su dogal tirano. En balde, en balde gime De los duros satélites en torno La triste madre, la afligida esposa, Con doliente clamor; la pavorosa Fatal descarga suena Que á luto y llanto eterno las condena, ¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago! ¡Cuántos ayes do quier! Desparovido Mirad ese infelice Quejase al adalid empedernido De otra cuadrilla atroz "¡Ah! ¿qué te hice? Exclama el triste en lágrimas deshecho; "Mi pan y mi mansion parti contigo, Te abrí mis brazos, te cedi mi lecho, Templé tu sed, y me llamé tu amigo: Sincero, franco, sin doblez ni engaño, Con dura muerte y con indigno ultraje". ¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego! El monstruo infame á sus ministros mira y con tremenda voz gritando ¡fuego! tinto en su sangre el desgraciado espira. Y en tanto; ¿do se esconden, Dó están, ¡oh cara patria! tus soldados Que á tu clamor de muerte no responden? Presos, encarcerados Por ¡jes sin honor, que haciendo alarde De su perfidia y dolo A merced de los bárbaros te dejan, Como entre hierros el león, forcejan Con inútil afén. Vosotros, sólo, Fuerte Daoiz, intrépido Velarde, Que osando resistir al gran torrente Dar supisteis en flor la dulce vida Con firme pecho y con serena frente, Si de mi libre musa Jamás el eco adormeció á tiranos, Ni vil lisonja emponzoñó su aliento, Allí del alto asiento A que la acción magnánimo os eleva El himno oíd que á vuestro nombre entona, Mientras la fama aligera le lleva Del mar de hielo á la abrasada zona. Más ¡ay! que en tanto sus funestas alas Por la opresora metrópoli tendiendo La yerma asociación sus plazas cubre Y al áspero silbar de ardientes balas, Y al ronco son de los preñados bronces Nuevo fragor y estrépido sucede. ¿Ois como rompiendo De moradores tímidos las puertas, Caen estallando de los fuertes goznes? ¡Con qué espantoso estruendo Los dueños buscan que medrosos huyen! Cuanto encuentran destruyen Bramando los atrocis foragidos Que al robo infame y la matanza ciegan. ¿No véis cual se despliegan Penetrando en los hondos aposentos De sangre, y oro, y lágrimas sedientos? Rompen, talan, destrozan Cuanto se ofrece á su sangrienta espada, Aquí matando al dueño se alborozan, Hieren allí á su esposa acoñojada: La familia asolada Yace expirando, y con feroz sonrisa Sorben feroces el fatal tesoro. Suelta, á otro lado, la madeja de oro, Mustió el dulce carmin de su megilla Y en su frente marchita la azucena, Con voz turbada y anhelante lloro De su verdugo ante los pies se humilla Tímida virgen de amargura llena; Mas con furor de hiena, Alzando el corvo alfange damasquino, Hiende su cuello el bárbaro asesino. ¡Horrible atrocidad! ¡Treguas, oh musa, Que ya la voz rehusa, Embargada en suspiros mi garganta! Y en ignominia tanta

¿Será que rinda el español bizarro La indómica cerviz á la cadena? No, que ya en torno suena De Palas fiera el sanguinoso carro Y el látigo estallante Los caballos flamígeros hostiga, Ya el duro peto y el arnés brillante Visten los fuertes hijos de Pelayo, Fuego arrojó su ruginoso acero: ¡Venganza y guerra! resonó en la tumba; ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo: Y al grito heroico que en los aires zumba ¡Venganza y guerra! clamán Turia y Duero. Guadalquivir guerrero Alza al bélico son la regia frente, Y el marino valiente Blandiendo altivo la nudosa lanza Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza! Vosotras, oh infelices Sombras de aquéllas que la infiel cuchilla Robó á sus lares, y en fugaz gemido Cruzáis los anchos campos de Castilla; La heroica España, en tanto que al bandido, Que á fuego y sangre de insolencias ciego Brindó felicidad, á sangre y fuego Le retribuye el Don, sabia piadosa Daros solemne y noble monumento. Allí en padrón cruento De oprobio y mengua, que perpetuo dure, La vil traición del déspota se vea: Y altar eterno sea Donde todo español al monstruo jure Rencor de muerte que en sus venas cunda, Y á cien generaciones se difunda. Juan Nicasio Gallego.

SANGRE Y LUZ

Páginas de Galdós

En el Real Palacio. El primer movimiento hostil del pueblo reunido, fué rodear á un oficial francés que á la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió á aquél otro oficial español, que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denudeo les hostilizaban; pero al poco rato, una pequeña fuerza francesa puso fin á aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise yo perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció currefías en acelerado rodar por calles inmediatas—¡Que viene la artillería!—exclamaron algunos.—Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva (2). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas, y vi caer no muy lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado á muchos, que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojar sobre los artilleros; más en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas». Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría á su casa, á la ajena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía, con tal que sirviera para matar.—El resultado era asombroso. Yo no sé de donde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor en las saias y tiendas de armas, en las posadas y en las herrierías.

En la Puerta del Sol.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron á funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada noble, y los famosos mamelucos cayeron a sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces ginetes. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mio, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante, además de la Primorosa, un señor grave y bien vestido que parecía aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, á quienes yo de antiguo conocía.—Teníamos á mano izquierda el callejón de la Duda; como sitio estratégico que nos servía de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo dirigíamos nuestros tiros á los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir que los tiradores formábamos una especie de retaguardia ó reserva, porque los verdaderos y mas aguerridos

combatientes eran los que luchaban á arma blanca entre la caballería. También de los balcones salían muchos tiros de pistola y gran número de armas arrojadas, como tientos, ladrillos, putheros, pesas de reloj, etcétera. Ustedes no pueden figurarse cómo eran aquellos combates parciales. Mientras, desde las ventanas y desde la calle se les hacía fuego, los manolos les atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, ó saltaban, asiendo por los brazos al ginete. Este recibía auxilio y al instante acudían dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusión, una mescolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos venían al fin y avanzaban al galope, y cuando la multitud, encontrándose libre, se extendía hacia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso. Perdí de vista á la Primorosa en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular á la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fué herido junto á mí; quise sostenerle; pero deslizándose de mis manos, cayó exclamando: «¡Muera Napoleón! ¡Viva España!» Aquel instante fué terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quise mi buena estrella que, siendo yo de los más cercanos á la pared, tuviera delante de mí una mural de carne humana que me defendía del plomo y del hierro. En cambio era tan fuertemente comprimido contra la pared, que casi llegué á oír que moría aplastado. Aquella masa se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara á invadir una casa de las que hoy deben tener la numeración desde el 21 al 25, entramos decididos á continuar la lucha desde los balcones. No acahquen ustedes á petulancia el que diga que nosotros, pues yo, aunque al principio me vi comprendido entre los sublevados como al acaso y sin ninguna iniciativa de mi parte, después del ardor de la refriega, el odio contra los franceses que se comunicaba de corazón á corazón de un modo pa-moso, me indujeron á obrar enérgicamente en pró de los míos. Yo creo que en aquella ocasión memorable hubiérame puesto al nivel de algunos que me rodeaban, si el recuerdo de Inés y la consideración de que corría algún peligro no afojaban mi valor á cada instante.—Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo á las bohardillas: por todas las ventanas se hacía fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba á mano. En el piso segundo un padre anciano, sosteniendo á sus dos hijas que medio desmayadas se abrazaban á sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón y perezcamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!»—Estas palabras reanimaban á las dos doncellas, y la menor nos conducía á una habitación contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta. Quemad las esteras y arrojarlas ardiendo á la calle dijo el anciano—Animo, hijas mías. No lloréis. En este día el llanto es indigno aún en las mujeres. ¡Viva España! Vosotras sabéis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!

Entre tanto los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían las mayores atrocidades en la de Onate. —Ya entran, nos cogen y estamos perdidos—exclamaron con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo. Subid á la bohardilla—nos dijo el anciano con frenesí,—y saliendo al tejado, echad por el cañón de la escalera todas las rejas que podáis levantar. ¡Subirán los caballos de estos monstruos hasta el techo! Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban á los brazos de su padre, rogándole que huiese. —¡Huír!—exclamaba el viejo.—No, mil veces no. Enseñemos á esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas. Los mamelucos subían. Estamos perdidos. Yo me acordé de la pobre Inés, y me sentí más cobarde que nunca. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompían el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido, acudí allí velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y en efecto, vi que habían abierto en la medianería un gran agujero, por donde podía pasarse á la casa inmediata.

Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos á pasar; pero antes de que estuviéramos del opuesto lado sentimos á los mamelucos y otros soldados franceses vociferando en las habitaciones principales: oyose un tiro; des-

pues una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió pasar no es para contado. En el Parque de Artillería. Después de una empeñada refriega, el combate había cesado en el Parque con la derrota y retirada del primer destacamento francés que fué á atacarlo. Pero si el crédito paisanaje se entregó á la alegría creyendo que aquel triunfo era decisivo, los jefes militares conocieron que serían bien pronto atacados con mas fuerzas, y se preparaban para la resistencia. Pacorro Chinitas, que había sido uno de los que primero acudieron á aquel sitio, se llegó á mí ponderándole la victoria alcanzada con las cuatro piezas que Daoiz había echado á la calle; pero él y los demás se convencieron de que los franceses no habían retrocedido sino para volver pronto con numerosa artillería. Así fué en efecto, y cuando subíamos la escalera de mi casa, sentí el alarmante rumor de la tropa cercana. El mancebo tropezaba á cada peldaño, circunstancia que cualquiera hubiera atribuido al miedo, y yo atribuí á la emoción. Cuando llegamos á presencia de Inés y D. Celestino, éstos se alegraron en extremo de verme sano, y ella me señaló una imagen de la Virgen, ante la cual habían encendido dos velas. Juan de Dios permaneció un rato en el umbral, medio cuerpo fuera y dentro el otro medio, con el sombrero en la mano, el rostro pálido y con traído, la actitud embarazosa, sin atreverse á hablar ni tampoco á retirarse, mientras que Inés, enteramente ocupada de mi vuelta, no ponía en él la menor atención. Aquí, Gabriel—me dijo el clérigo,—hemos presenciado escenas de grande heroísmo. Los franceses han sido rechazados. Por lo visto, Madrid entero se levanta contra ellos. Al decir esto, una detonación terrible hizo estremecer la casa. —¡Vuelven los franceses! Ese disparo ha sido de los nuestros, que siguen decididos á no entregarse. Dios y su santa Madre, y los cuatro patriarcas y los cuatro doctores nos asistan.

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas á la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada á jugar con ella, de modo que al verse heridos, antes les enfurecía que les desmayaba. Desde mi ventana, abierta á la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacia esquina á las dos, así es que yo, teniendo siempre á los españoles bajo mis ojos, no distinguía á los franceses, sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del parque. Esto pasó una vez, y cuando lo vi, parecióme que todo iba á concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos á otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y el ejemplo y la pericia y la inverosímil constancia de los oficiales de Artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, mientras sus navajas causaban estragos, rematando la obra de los fusiles. Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba á los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo á los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquellos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiración de sus almas generosas, instrumentos de la conciencia nacional, se anticiparon á la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó á abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad. El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la heroica embriaguez de los nuestros y también de los franceses, pues éstos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquél empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existía el miedo, ni tampoco era posible resignarse á ser inmovil espectador. Causaba rabia y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas, y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles á fuerza de constancia. Apesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían sin duda los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño á los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército completo; y la división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias fuerzas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezzuquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y á la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo. Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos,

y en el mismo instante entró D. Celestino, que observaba la lucha desde otra habitación de la casa. Es la artillería francesa—exclamó.—Ahora es ella. Traen más de doce cañones. ¡Jesús, María y José nos amparen! Van á hacer polvo á nuestros valientes paisanos. ¡Señor de justicia! ¡Virgen María, santa patrona de España! Juan de Dios abrió sus ojos buscando á Inés con una mirada calma y apagada como la de un enfermo. Ella, en tanto, puesta de rodillas ante la imagen, derramaba abundantes lágrimas. —Los franceses son innumerables—continuó el cura.—Vienen cientos de miles. En cambio los nuestros son menos cada vez. Muchos han muerto ya. ¿Podrán resistir los que quedan? ¡Oh! Gabriel, y usted, caballero, quien quiera que sea, aunque presumo será español: están ustedes en paz con su conciencia, mientras nuestros hermanos pelean abajo por la patria y por el Rey? Hijos míos, ánimo: los franceses van á atacar por tercera vez. ¿No veis como se aperceben los nuestros para recibirlos con tanto brío como antes? ¿No oís los gritos de los que han sobrevivido al último combate? ¿No oís las voces de esa noble juventud? Gabriel, usted, caballero, quien quiera que sea, ¿habeis visto á las mujeres? ¿Darán lección de valor esas heroicas hembras á los varones que huyen de la honrosa lucha? Si yo tuviera quince años, Gabriel—continuó,—si yo tuviera tu edad.... Francamente hijos míos, yo tengo muchísimo miedo. En mi vida había visto una guerra, ni había oído jamás el estruendo de los mortíferos cañones; pero lo que es ahora cogería un fusil, si señores, lo cogería.... ¿No veis como los barré la metralla?... Mirad aquellas mujeres que con sus brazos despedazados empujan uno de nuestros cañones hasta embocarle en esta calle. Mirad aquel montón de cadáveres del cual sale una mano increpando con terrible gesto á los enemigos. Parece que hasta los muertos hablan, lanzando de sus bocas exclamaciones furiosas.... ¡Oh! yo tiemblo, sostenedme; no, dejadme tomar un fusil, lo tomaré yo. Gabriel, caballero, y tú también, Inés; vamos todos á la calle, á la calle. ¿Oís? Aquí llegan las vociferaciones de los franceses. Su artillería avanza. ¡Ah perros! Todavía somos suficientes aunque pocos. ¿Queréis á España? ¿Queréis este suelo? ¿Queréis nuestras casas, nuestras iglesias, nuestros reyes, nuestros santos? Pues ahí está dentro de esos cañones lo que queréis, acercaos. ¡Ah! Aquellos hombres que hacían fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un fusil cambia de mano, porque antes de que pierda el calor de los dedos heridos que lo sueltan, otros lo agarran.... Mirad: el oficial que los manda parece contrariado; mira hacia el interior del Parque y se lleva la mano á la cabeza con ademán de desesperación. Es que les faltan balas, les falta metralla. Pero ahora sale el otro con una cesta de piedras de chispa. Cargan con ellas, hacen fuego.... ¡Oh! que vengan que vengan ahora. ¡Miserable España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros... Pero ¡ay! los franceses parece que están cerca. Mueren muchos de los nuestros. Desde los balcones se hace fuego, mucho fuego; más esto no basta. Si yo tuviera veinte años, tendría el valor que ahora me falta, y me lanzaría en medio del combate, y á palos, si señores, á palos acabaría con todos esos franceses. Ahora mismo con mis sesenta años. ¿Queréis? Sabes tú lo que es el deber? ¿Sabes tú lo que es el honor? Pues para que lo sepas, oye: Yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro; yo, que en mi vida he peleado con nadie; yo que no puedo ver matar un pollo; yo, que nunca he tenido valor para ver matar un gusanillo; yo, que siempre he tenido miedo á todo; yo, que ahora tiemblo como una liebre y á cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy á bajar al instante á la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino para alentar á esos valientes diciéndoles en castellano aquello de «Dulce et decorum est pro patria mori!»

Estas palabras, dichas con un entusiasmo que el anciano no había manifestado ante mí sino muy pocas veces, y siempre desde el púlpito, me enardeció de tal modo que me avergonzé de reconocerme cobarde espectador de aquella heroica lucha sin disparar un tiro ni lanzar una piedra en la defensa de los míos. A no contenerme la presencia de Inés, ni un instante habría yo permanecido en aquella situación. Después, cuando vi al buen anciano precipitarse fuera de la casa, dichas sus últimas palabras, miedo y amor se obscurcieron en mí ante una grande, una repentina iluminación de entusiasmo, de esas que rarísimas veces, pero con fuerza poderosa, nos arrastran á las grandes acciones. Llegué á la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habían perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruían el suelo. La colocada hacia Poniente había de resistir el fuego de las de los franceses, sin más garantía de superioridad que el heroísmo de D. Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno, y me situé junto á la entrada del Parque, desde donde podía hacer fuego hacia la calle Ancha, resguardado por el machón de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada en la persona de Pacorro Chinitas, que incorporándose entre un montón de tierra y el cuerpo de otro infeliz ya moribundo, hablome así con voz desfallecida:

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos,

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos,

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos,

(1) Las creaciones del arte son para la imaginación y el sentimiento como Cristo á Lázaro; resucitan, dan vida. No conocemos relato alguno que pueda reproducir en la mente lo que debió de ser aquel gran día trágico del año 1808, como los cuadros en que lo inmortalizó el pincel de Goya y las páginas de Galdós, en el "19 de Marzo y el 2 de Mayo." Por eso nos permitimos copiar de ellas los siguientes hermosos fragmentos que de seguro nos agradecerán nuestros lectores. Reciba con tal motivo el eximio novelista nuestro aplauso más entusiasta, por su adivinación verdaderamente maravillosa que centellea en esas páginas, dignas de ser esculpidas en el mármol. (2) Hoy de Bailén.



Gabriel, yo me acabo, yo no sirvo ya para nada.

Animo Chinitas—dije, revolviéndole el fusil que caía de sus manos, levántate.

¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá, yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mía y de este compañero que ahora se va... Ya espiró... Adiós, Juancho: tú al menos no verás a los franceses en el Parque.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos vi un brazo azul con charreteras de capitán. Pertenece a D. Luis Daoiz, que herido en la pierna, hacía esfuerzos por no caer al suelo y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándolos convulsivamente al cielo, apretando los dientes y mordiendo después el pomo de su sable, lanzó una imprecación, una blasfemia, que habría hecho desplomar el firmamento, si lo de arriba obedeciera a las voces de abajo.

Enseguida se habló de capitulación y cesaron los fuegos. El Jefe de las fuerzas francesas acercóse á nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de rendición, habló á Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció aquellas célebres palabras: «Si fuerais capaz de hablar con vuestro sable, no me tratariais así.»

El francés, sin atender á lo que le decía, llamó á los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narración posible, por que todo acabó. Los franceses se arrojaron sobre nosotros con empuje formidable. El primero que cayó fué Daoiz, trasapado el pecho á bayonetazos. Retrocedimos precipitadamente hacia el interior del Parque todos los que pudimos, y como aún en aquel trance espantoso quisiera contentarnos Don Pedro Velarde, le mató de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados á cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando volozmente por entre los escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más honda, y allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira indiababan con sus alaridos al estar del vecindario que Monteleón había quedado por Bonaparte.

Diffícilmente salvamos la vida, y no fuimos muchos los que pudimos dar con nuestros fatigados cuerpos en la huerta de la Salessas Nuevas ó en el quemadero. Los franceses no se cuidaban de perseguirnos, ó por creer que bastaba con rematar á los más próximos, ó porque se sentían con tanto cansancio como nosotros. Por fortuna, yo no estaba herido sino muy levemente en la cabeza, y pude ponerme á cubierto en breve tiempo: al poco rato ya no pensaba más que en volver á mi casa, donde suponía que Inés en penosa angustia por mi ausencia. Cuando traté de regresar, hallé cerrada la puerta de Santo Domingo, y tuve que andar mucho trecho buscando el portillo de San Joaquín. Por el camino me digieron que los franceses, después de dejar un pequeño guarnición en el Parque se habían retirado.

LA GLORIOSA JORNADA

Los héroes y los traidores. (1)

El pueblo de Madrid contemplaba indignado los sucesos, y desde este momento el conocho se hizo más encarnizado y manifiesto. Los soldados de Murat eran provocados con audacia extremada, y hasta él mismo, al avanzar el 2 de Mayo por la Puerta del Sol, á la cabeza de sus tropas, fué saludado con una grito de silbidos que el gran duque, á pesar de su arrogancia, dejó pasar inadvertida.

Irritados los ánimos con la noticia que empezó á cundir de que para el día siguiente estaba señalada la partida de los infantes, único vástago que quedaba de la familia real, la indignación traspasaba los límites del sufrimiento y era inevitable que, de un momento á otro, rompiese los diques del torrente de la venganza.

Entregados los madrileños al reposo el día 1.º, embargados con semejante noticia, está misma idea los llevó, á la mañana siguiente, á las puertas del Palacio, donde

(1) Del interesante libro "A los cien años del Dos de Mayo", que acaba de publicar el comandante de Infantería D. León Fernández y Fernández.

La obra está muy bien ilustrada con preciosos dibujos, de los que también reproducimos algunos.

vieron tres coches de camino que les confirmo sus sospechas.

Llegaba el momento crítico, el comienzo de una epopeya terrible. Numerosos grupos de hombres y mujeres fueron llenando la plaza de Palacio. La reina de Etruria salió á las nueve de la mañana del regio alcazar; pero como el pueblo la odiaba porque protegía los planes de Murat, la vió partir silenciosamente, presenciando con la mayor indiferencia su marcha. Entonces circuló por entre los corrillos la noticia de que el infante Don Francisco, que contaba á la sazón trece años, lloraba porque no quería ir á Francia. En estos momentos, y cuando en los pechos españoles ardía con más intensidad la llama del rencor que abrigaba contra los franceses, se presentó M. Augusto Legrange, ayudante del gran duque de Berg, para activar el viaje de los infantes. La presencia de Legrange coincidió con el grito de: «¡Que nos los lleven!» lanzado por una anciana que diariamente se colocaba en la escalera del Palacio para recibir una limosna de la esposa de Carlos IV. Una exclamación general de furor, que fué á perderse en las naves del regio alcazar, dió un aspecto imponente á aquella muchedumbre que se agitaba ensoberbecida contra el emisario francés.

En aquel momento crítico, un héroe, un patriota, Pedro Malasana, genuino representante del pueblo madrileño, hombre honradísimo, popular y famoso chispero, con voces ensordecedoras arengó á la muchedumbre, congregada ante el regio alcazar para impedir la salida del infante D. Francisco, y provocó el rompimiento con los franceses.

Milagrosamente salvó la vida M. Augusto Legrange, escuchado en un principio con el cuerpo del oficial de guardias valonas, D. Miguel Desmassieres y Flórez, y auxiliado después por una patrulla francesa.

Muy en breve llegó á noticias de Murat el imponente aspecto que presentaba la plazuela de Palacio. Despechado con semejante nueva, mandó allá un batallón con dos cañones que, sin que precediese la más pequeña intimación hicieran una descarga sobre la multitud, y, aterrados los madrileños por tan inesperada lluvia de plomo y de metralla, huyeron desparados, llevando la noticia por todos los ángulos de la capital, gritando guerra y excitando á la venganza más horrible. El pueblo de Madrid no se mostró sordo á aquellos gritos, y sus habitantes se levantaron en masa y armados con cuantos instrumentos ofensivos encontraron: chuzos, escopetas, carabinas, espadas, navajas etc., para combatir al ejército usurpador. No había más grito que «Viva España!» no había otro objeto que matar franceses. Reunieronse principalmente los paisanos en la Puerta del Sol y calles inmediatas, donde se trabó una lucha horrible, pereciendo muchos franceses; hombres, mujeres y niños hacían fuego desde los tejados, y arrojaban desde los balcones todo clase de muebles que pudieran herir á los soldados del emperador. Las tropas de Murat recomcentraron sus fuerzas en los puntos donde el combate estaba más empeñado, y admiraban con asombro que á pesar de sus descargas sin tregua y ataques de caballería les resistían los españoles con tenacidad increíble.

Interesante espectáculo era ver cómo unos hombres sin instrucción militar, sin estar acostumbrados á manejar un arma de fuego, volaban frenéticos asestando por doquier seguros tiros á los franceses que trataban de reunirse á sus cuerpos; pero más sublime era todavía el ver que estos mismos españoles, que con tan ciego como justo furor combatían, cuán generosamente perdaban á los enemigos que, deponiendo las armas, solicitaban piedad. ¡Generosidad admirable en aquellas circunstancias, digna del pueblo español!

Un momento de calma que sucedió á esta horrible tormenta, fué interpretado favorablemente por los madrileños; pero á pocos instantes, los franceses, que siempre estaban en vela, avanzaron en columnas por la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, que, protegidas por la artillería y guardia imperial, sembraron la desolación por los puntos más frecuentados de la corte.

Encerradas las tropas en los cuarteles por orden del capitán general D. Francisco Javier Negrete, el encarnizado combate era sostenido solamente por los paisanos (1) Unos

(1) Dice un historiador español: "Pero, en tanto que el pueblo lucha y derrama su sangre por la salvación de España, ¿qué hacían sus generales? ¿qué hacían sus magnates? ¿qué hacía la Junta de Gobierno? ¡Triste es decirlo! Entre los mártires de aquel luctuoso día no se ve uno solo de esos herederos de nombres ilustres que en los tiempos de paz brillan cargados de oro alrededor del trono. Se escondían quizá en el último rincón de sus grandes casas, mientras que las mujerzuelas, sin hogar que defender, salían á pelear por la Patria."

Y nosotros añadimos: los magnates, los aristócratas siempre fueron los mismos; si en momentos que la Patria peligró no ayudaban á salvarla, saben muy bien, en cambio, ponerla en ridículo en tiempo de paz, cuando la mirada de los extranjeros está fija en nosotros. Es una prueba de lo que decimos, el desprecio con que la grandeza española miraba á María Victoria (digna esposa de Amadeo I) porque criaba á sus hijos y los paseaba de la mano en la plaza de Oriente, al lado de honradas madres españolas. Vale más, mucho más, criar á sus hijos que reservar el pecho fresco y provocativo para lucirlo al desnudo en los grandes bailes de la alta sociedad.

se parapetaban en las esquinas, y caminando de una en otra, hacían un fuego mortífero; otros se arrojaban en medio de las filas enemigas seguros de la muerte, pero entusiasmados con la idea de rescatar la independencia de su Patria; y otros, en vez de huir al ver la horrible carnicería que ante sus ojos se presentaba, aguardaban á pie firme hasta descubrir, por las insignias, un jefe ó oficial francés para asestarle un golpe mortal.

Viéndose, por fin, los habitantes de Madrid rechazados por todas partes, dirigieron los más añinos al Parque de Artillería, situado entonces en el barrio de las Maravillas y que se hallaba custodiado por 80 soldados franceses y 14 artilleros españoles, al mando del capitán D. Luis Daoiz. Uno de los grupos de paisanos que se dirigieron al Parque de Monteleón lo capitaneaba el bizarro Pedro Malasana, que había arengado al pueblo en la plaza de Palacio. Este insigne patriota se batió denodadamente en el Parque hasta que lo recuperaron los franceses, y, por último, se hizo fuerte en su casa (calle de San Andrés), sucumbiendo en ella con su mujer y su hija.

Las autoridades habían tomado eficaces precauciones, á fin de resistir el alzamiento del pueblo, ya que no era posible evitarle, y D. Luis Daoiz, con este motivo, recibió un orden del capitán general en que le recordaba el deber de la disciplina y el de contrarrestar con la fuerza, caso necesario, la insurrección del pueblo.

Un joven capitán de artillería, valiente, ilustrado y entusiasta militar, que había sido profesor en la Academia de Segovia, D. Pedro Velarde, con destino desde 1806 en la secretaría de la Junta Superior de Artillería, establecida en Madrid, se dirigía en la mañana del 2 de Mayo, y á la hora de costumbre, á su oficina, que se hallaba en la calle Ancha de San Bernardo. Profundamente alterado por la conmoción popular que ya se notaba en las calles, se sentó á escribir sobre su mesa, que se hallaba colocada inmediatamente á la del comandante de Artillería D. José Navarro Falcón, y levantándose repentinamente, exclamó lleno de entusiasmo: «Mi comandante... es preciso batirnos.» Asombrado el comandante por tan inesperada proposición, trató de calmar el ardor del joven capitán; pero éste, sin atender á reflexión alguna, repitió con más energía: «Vamos, vamos á batirnos; es preciso morir.»

En estos momentos se oyeron algunos disparos, y esto bastó para electrizar al entusiasmo de Velarde. Tomó el fusil de uno de los ordenanzas, y acompañado de otro y del escribiente meritorio D. Manuel Almira, se dirigió al cuartel de «Voluntarios del Estado», donde se alojaba el regimiento de Infantería de este nombre, núm. 26 (hoy, al parecer, regimiento de Alava núm. 56, de guarnición en Cádiz), excitando con patrióticas aclamaciones el entusiasmo del pueblo, que lo seguía presturoso. Allí encontró al valiente joven de su edad D. Jacinto Ruiz Mendoza, teniente del citado regimiento; ambos tuvieron una conferencia con el coronel de dicho Cuerpo, marqués de Casa Palacio, el cual les negó una compañía que creían les bastaría para hacerse dueños del Parque; por fin, á duras penas, se concedió salirían 40 hombres, al mando del capitán D. Rafael Goicochea y los tenientes D. Jacinto Ruiz Mendoza, D. José Ontorio y D. Tomás Burguera.

El artillero Velarde, y la fuerza indicada, mandada por Goicochea, se encaminaron al punto proyectado, á cuyas puertas se hallaba un numeroso pelotón de paisanos; y después de conseguir que les facilitasen la entrada se dirigió Velarde, acompañado de D. Jacinto Ruiz, al jefe de la guardia francesa, le intimó la rendición, y aunque el francés pensó resistirse á tan humillante exigencia, no tuvo valor para oponerse á la firmeza é intrepidez del bravo capitán, quien al momento fué desarmado, y con sus soldados se le encerró en unas cocheras que había en el patio.

Con esta fuerza iba el cadete del regimiento de Voluntarios del Estado D. Juan Vázquez y Afán de Rivera. Este joven, de trece años no cumplidos, peleó en el Parque junto á Velarde y Ruiz.

El valor y entusiasmo de Vázquez era admirado por sus compañeros de pelea. Una bala atravesó el pecho del heroico muchacho; en aquel momento levantó la cabeza para mirar á los que le rodeaban y expiró sin pronunciar palabra, observándose en su mirada cierta intrepidez y serenidad (1).

Daoiz, con el corazón palpitante, oía los clamores del pueblo y estrechaba en la mano la tiránica orden del capitán general; hallábase en una situación difícil de explicar.

Pero á vista de los ejemplos de Velarde y Ruiz de tan desinteresado patriotismo, vivamente excitado por algunas expresiones de Velarde, lanzó lejos de sí todos los escrúpulos y, exclamando «Viva España!», hizo menudos pedazos la orden del capitán general; mandó abrir las puertas del Parque, armó á los paisanos y juró pelear entre las ruinas antes que un sólo francés profanase el sagrado recinto que defendían.

A pesar de que el Parque de Monteleón no era la fortaleza que por su nombre debe deducirse, pues estaba reducida á una casa grande metida en manzana, sin obra alguna militar ni defensa, bien pronto se convirtió en un fuerte respetable por la acertada dirección de tan hábiles cuanto resueltos obreros, quienes auxiliados de algunos paisanos, arastraron y distribuyeron cuatro cañones, cuyo fuego puso en vergonzosa fuga un destacamento francés que en un principio se atrevió á dar vista al Parque.

Conociendo las tropas de Murat que en este sitio era el combate más empeñado, dirigieron allí una división, al mando de un general, con caballería y artillería, para que, tomando todos los flancos, hiciesen inútiles los esfuerzos de los valientes que le defendían.

Tres horas duraría esta sangrienta lucha que hizo innumerables estragos en las filas francesas, y si por un momento floqueó la esperanza de los sitiados por la escasez que advertían de municiones, la serenidad de Velarde inspiró la idea de usar en su defecto las piedras de chispa. Mas apenas Velarde había dado esta y otras disposiciones para rechazar las numerosas fuerzas que les asediaban, una bala le atravesó el pecho, llenando de horror á los que, imitando su heroísmo, eran asom-

(1) La estatua de este valiente—como han propuesto algunos—debería levantarse en el patio del alcazar para ejemplo de los futuros oficiales y en substitución de la de Carlos V, que podía llevarse á otro lado. Este nos deslumbra con sus victorias; pero invadía la Península con sus hambrientos flamencos, y privó á los españoles de sus derechos, fueros é inmunidades. La arrogante figura de Carlos V queda oscurecida ante la del patriota y digno cardenal Jiménez de Cisneros.

bro de los extranjeros. El valiente Daoiz, á pesar de hallarse herido en un muslo, alentaba con su ejemplo el valor de sus compatriotas. El patriota insigne, D. Jacinto Ruiz rivalizando en heroísmo con los bravos capitanes de Artillería, peleó con indecible valor desde los primeros momentos hasta sucumbir el último de la defensa del Parque. Velarde ya no existía; y Daoiz, mortalmente herido, era trasladado á su casa, cuando el intrépido Ruiz continuaba la defensa desde las habitaciones interiores, sin arredrarle el verse rodeado por un ejército de franceses y abrigando aún la generosa esperanza de salvar con un esfuerzo heroico la causa por que habían perecido sus dignos compañeros. El capitán D. Rafael Goicochea, que se halló, como hemos dicho, en la defensa del Parque, fué testigo ocular del heroísmo del teniente Ruiz, quien, conducido á su casa herido de gravedad, se fugó con la herida abierta, de cuyas resultas murió á los pocos días en un pueblo de Extremadura.

Entre tanto que las calles de Madrid se iban salpicando con la sangre de centenares de víctimas, Murat permanecía en la montaña del Príncipe Pio, muy próxima á la puerta de San Vicente, y presentándosele D. Gonzalo Ofarill y D. Miguel José de Azaña, individuos de la Junta del Gobierno español, le ofrecieron apaciguar al pueblo si él, por su parte, mandaba suspender las hostilidades á sus soldados. Accedió Murat á la proposición y, reunidos varios consejeros, acompañados del general Harispe, recorrieron las calles de la población exhortando con feliz éxito á los habitantes de Madrid para que depositaran las armas, confiando en la promesa formal de que todo se olvidaría.

Descansando con esta garantía, dada á nombre del general en jefe de los franceses, el pueblo se apaciguó completamente, y á las pocas horas se entregó á sus tareas ordinarias, circulando por las calles en prueba de la buena fe con que habían aceptado la capitulación. ¡Credulidad funesta precursora de tantas escenas de horror que en silencio meditaba la soberbia del gran duque de Berg!

Lleno de ira por la lección que un pueblo indefenso dió á los que en otros países habían conquistado coronas de reyes para trofeos de sus bayonetas, hizo publicar á pocos instantes una orden terrible (puede leerse en cualquier obra de historia), que fué llevada á efecto por una comisión militar establecida por el sanguinario general Grouchy.

En la puerta del Sol y en la iglesia de la Soledad se sacrificaron con impia fiereza multitud de víctimas; pero el mayor número pereció en el Prado y en el Retiro, porque allí eran conducidos los infelices, que sin preguntarles su nombre, ni más ley que el capricho, eran sentenciados por la comisión militar establecida en Correos.

Ancianos, jóvenes y pasajeros eran conducidos, atados de dos en dos, á ignorado suplicio, del que por casualidad se salvaba al guño que tenía la suerte de ser conocido por su alojamiento, ó que por hablar el idioma francés lograba excitar la compasión del soldado menos inhumano. Reunidos en pelotón multitud de sentenciados, una descarga de fusilería ahogaba sus últimos gritos, dejando á unos despedazados y á otros que, revolotando en su propia sangre, iban á lanzar su postrer suspiro debajo de la tierra, porque era preciso despejar el suplicio para sacrificar las nuevas víctimas entregadas á la implacable saña de los verdugos.

Solo el estruendo producido por estas escenas de horror interrumpía el sepulcral silencio de la terrible noche del 2 de Mayo, en que se creyó quedaría satisfecha la sed de sangre de los insaciables franceses; pero alumbro el sol del nuevo día, y lejos de horrorizarse del espectáculo que al rasgarse el velo de la noche se presentó á sus ojos, continuaron sacrificando víctimas en la despejada montaña del Príncipe Pio, mientras que Murat se movía de la candidez con que los de Madrid habían creído en la farsa de su capitulación.

Fugaz como el relampago fué, sin embargo, el sol que alumbro el triunfo de las tropas imperiales. Los ecos entusiastas que resonaron en Madrid el 2 de Mayo resonaron también por todo el ámbito de la Península, y levantándose en masa los jóvenes y los ancianos, las mujeres y los niños, al grito unánime de guerra y venganza, preparaba una vergonzosa tumba para las altivas huestes del hijo de la Córcega; del hombre, que dándose á conocer por vez primera en el sitio de Tolón, llevó su fama por los áridos desiertos de la Siria, y desde la falda del monte Tabor á las pirámides de Egipto; del hombre, en fin, que soñando imperios y realizando sueños, llegó á sostener en su mano, no el mezzuino cetro de un reino, sino el globo colosal de un mundo. España fué la primera en abatir el orgullo del gran conquistador.

El famoso Dos de Mayo, más funesto para los vencedores que para los vencidos, constituye la página más gloriosa de nuestros épicos anales en los tres últimos siglos. Las tropas no se pusieron de parte del pueblo; las autoridades civiles tampoco prestaron su concurso; la nobleza, menos; el Consejo de la Inquisición le llamó sublevación escandalosa; la Junta de gobierno dijo que era un incidente provocado por un corto número de personas inobedientes á las leyes. La gloriosa jornada se debe sólo al pueblo bajo y á seis oficiales del Ejército con menos de 50 soldados.

DAOIZ, VELARDE y RUIZ alcanzaron aquel memorable día la inmortalidad, porque con abnegación de su vida se erigieron en los

valerosos defensores de la gloria española.

Al romper en pedazos Daoiz la orden del capitán general de Madrid, demostró que la obediencia ciega en el Ejército necesita que no existan superiores jerárquicos indignos de vestir el uniforme, como lo demostró el obediencia, pero cobarde y antipatriota, D. Francisco Javier Negrete. Afortunadamente hoy, es mucho más que antes la cultura é instrucción que existe en el Ejército, y, por lo tanto las altas jerarquías tienen que mandar hombres ilustrados y de claro criterio, á los que puede muy bien concederse iniciativa de modo que la obediencia se interprete en su verdadero sentido y se tiene verdadero concepto de ella. La naturaleza misma de una ciega obediencia implica la renuncia del uso de las facultades del raciocinio. Poco más se exige antes al soldado que ser obediente y tener valor; era una obediencia como la del animal, que se mueve sin juicio propio, por aguijonazos ó un pedazo de pan; y su valor, como el de un mastín, que pelea cuando se le pone otro delante. El que entrega implícitamente á otro la dirección de su conducta, no puede conservar la dignidad é independencia de ánimo, la conciencia vigorosa de la libertad mental que constituye uno de los mayores privilegios de nuestra naturaleza. Por eso varía bastante el modo de instruir y educar al soldado y se suprime todo aquello que, no teniendo aplicación ninguna para la guerra, molesta inútilmente al hombre; una prueba de ello la tenemos en los modernos reglamentos tácticos, si bien falta mucho por reformar. Confesamos ingenuamente que cuando vemos una compañía de hombres con uniformes llenos de colores, colocados en línea, orden y fila, en actitud de obediencia, girando ó marchando al compás de la palabra de otro, y cambiando la posición de un miembro, ó alterando el ángulo de un pie, percibimos que el sistema tiene algo malo, algo incompatible con la dignidad y la aptitud intelectual del hombre.

La grande y noble misión del soldado es prepararse para la guerra. El moverse á compás, inclinar la cabeza y otras futilidades que hacen consumir á los batallones un tiempo precioso, ¿qué relación tiene con la guerra? No exageremos la nota, porque de hacerlo así, diríamos con tristeza: ¡Qué situación esta á que se reduce á un ser racional y responsable! No podemos concebir una degradación semejante á que puede llegar en este sentido la naturaleza moral.

Pedro Malasana, al frente de sus manos y chisperos, héroes de la jornada, á navajazos, derribaban franceses, haciendo los besos la tierra que con sus plantas profanaban; franceses que no derribaron los magnates con las relucientes espadas de sus vistosos uniformes bordados de oro. La aristocracia está en la grandeza de corazón, no en los títulos y condecoraciones.

Nobilitas sola est atque unica virtus (1). Un noble ignorante, un noble sin mérito, un noble ocioso, bajo, lleno de vicios y deudas, en una palabra, un noble sin virtud, es una contradicción en los términos. Ciertamente, un plebeyo, el más obscuro, si es virtuoso y trabajador, es un ciudadano incomparablemente mucho más apreciable que el noble inútil, que se figura autorizado á despreciar; el aristócrata que (como los del 2 de Mayo de 1808) sirva mal á su Patria, es un plebeyo, un villano. El que perteneciendo á las clases humildes, honra á su Patria como Malasana y sus compañeros, es un noble, un grande un aristócrata; pero lo es por mérito propio, no prestado, no por cuantiosas sumas de dinero heredadas ó procedentes del robo. Generalmente, los llamados nobles corren detrás de los placeres con tanta pasión como huyen del trabajo.

En las Cortes de Cádiz decía el conde de Toreno: «Desaparezcan de una vez esas odiosas expresiones de PUEBLO BAJO, PLEBE y CANALLA; porque este pueblo bajo, esta plebe, esta canalla, ha salvado á España.»

A los cien años de tan gloriosa jornada, los españoles agradecidos, rindiendo á tan insigne patriota el culto más ardiente y patriótico, los saludamos con un laor eterno, como defensores que han sido de nuestra independencia; y comprendiendo muy acertadamente que la aureola de tan ilustres héroes brilla gloriosa en todas partes, podemos decirles: el universo es la patria que os admira.

Ante el monumento del Dos de Mayo

¡Ayes de amor con lágrimas de ira Lanza mi corazón, cuando contemplo Vuelta en altar vuestra mortuoria pira, Vuestro sepulcro transformado en templo! Cuánta veneración al alma inspira, Manes sagrados, vuestro ilustre ejemplo! ¡Salve! Tres veces salve á la memoria De tanta lealtad y tanta gloria.

Víctimas al honor sacrificadas Del acero invasor al cruento filo, Sobre el polvo do fustiste inmoladas España os alza panteón tranquilo Sin venganza yacéis, mas no olvidadas: Vuestra memoria, al recibir asilo En sus pechos, dejó á los castellanos Ira en el corazón, hierro en las manos.

José Zorrilla.

(1) La virtud es la verdadera nobleza.—Juvenal.

Imp. del Fomento Naval, San Bernardo, 19.

CAYETANO DEL PINO

SUCESOR DE

C. DEL PINO Y COMPAÑIA

Gran premio en la Exposición del Progreso celebrada en Madrid con motivo de la visita de M. Loubet.

Antiguas especialidades

Oloroso: Tres cortados

Jerez cristal: Marca Ladies

Chianti blanco español

Cognac jerezano y

Vermouth champagne "Santa Elena"

¡GRAN NOVEDAD!

Productos patentados exclusivos de esta casa. WHISKY QUINADO.--PONCHEQUINADO.--CHAMPAGNE QUINA

Representantes en Madrid

J. Vasco, Atocha, 25, segundo.

Enrique Yebra, Conde Duque 32 duplicado.

PASTILLAS BONALD

Cloro-boro-sódicas con cocaína

De eficacia comprobada por los señores médicos para combatir las enfermedades de la boca y de la garganta, tos, ronquera, dolor, inflamaciones, picor, aftas, ulceraciones, sequedad, granulaciones, atcna producida por causas periféricas, fetidez del alier to, etc. Las pastillas BONALD, premiadas en varias Exposiciones científicas tienen el privilegio de que sus fórmulas fueron las primeras que se conocieron en su clase en España y en el Extranjero.

ACANTHEA VIRILIS

Po ligitcerofosfato BONALD.—Medicamento intir curastérico y anti diabético. Tonifica y nutre los sistemas óseo-muscular y nervioso y lleva a la sangre elementos para enriquecer el glóbulo rojo.

Frasco de Acanthea granulada, 5 pesetas. Frasco del vino de Acanthea, 5 pesetas.

Elixir antibacilar BONALD

DE

(Thiocol cinamo-vanadito fosfo-glicérico)

Combate las enfermedades del pecho. Tuberculosis incipiente, catarros bronco-neumónicos, anrgc-faringeos, infecciones gripale palúdicas, etc., etc.

Precio del frasco, 5 pesetas

De venta en todas las farmacias y en la del autor, Núñez de Arce (antes Gorguera), 17, Madrid. En Barcelona Gignas, 5.

AGENDAS BAILLY-BAILLIERE E HIJOS

PARA 1908

<p>Agenda de Bulete</p> <p>Contiene: Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos muy necesarios en oficinas de Banco, Comercio, particulares, etc.</p> <p>Quatro ediciones económicas</p> <p>En Madrid: 1, 1.50, 2 y 3 pesetas.</p> <p>En provincias: 1.50, 2, 3 y 4 pesetas.</p> <p>Quatro ediciones completas</p> <p>En Madrid: 2, 2.50, 3 y 4 pesetas.</p> <p>En provincias: 2.50, 3, 4 y 5 pesetas.</p>	<p>MEMORANDUM DE LA CUENTA DIARIA</p> <p>CONTIENE: Secciones especiales para anotar vistas, gastos, recibos, etc., y un cuadro para llevar el importe de los gastos y sin tener que acudir a los libros de cuentas.</p> <p>PRECIOS: En Madrid: 2.50 y 3 pesetas. En provincias: 3 y 3.50 pesetas.</p>	<p>Agenda Culinaria</p> <p>LIBRO DE LA COCINA que contiene 365 recetas y más de 700 recetas.</p> <p>Explicación de la manera de condimentar los platos que se sirven en los menús diarios.</p> <p>Agenda en blanco para anotar el día los gastos de cocina.</p> <p>PRECIOS: En Madrid: 2.00 pesetas. En provincias: 2.50 pesetas.</p>
<p>Agenda Médico-quirúrgica de bolsillo</p> <p>o Memorandum terapéutico, farmacológico moderno y diario de visita.</p> <p>CONTIENE: Diario en blanco para las anotaciones particulares. Hojas para los tratados del pino y temperatura. Memorandum de verificación médico-quirúrgica y observaciones. Formularios y otros. Formularios y otros. Formularios y otros.</p> <p>PRECIOS: 2.50 ptas. en Madrid y 3 en provincias.</p>	<p>Agenda de Bolsillo para uso de Particulares.</p> <p>Precioso librito de notas dividido por días, con interesantes datos sobre los trenes, Telégrafos, Teléfonos, ferrocarriles, etc.</p> <p>En un día en planis. 1.50 ptas. De dos días en planis. 2.00 ptas.</p> <p>EN PROVINCIAS: 2 y 2.50 ptas. respectivamente.</p>	

MANUALES SOLER BIBLIOTECA



—Aquí he de encontrar el libro que busco, pues en la colección de MANUALES-SOLER que constituye la mejor "Biblioteca útil y económica de conocimientos enciclopédicos" y en la que colaboran los más eminentes autores, se encuentran temas interesantes lo mismo para el abogado, agricultor, médico, etc., etc., que para el obrero estudioso que desea cultivar su inteligencia en las ARTES, CIENCIAS E INDUSTRIAS.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS.

Editor: SUCESORES DE MANUEL SOLER. Apartado 89. BARCELONA

La Unión y el Fénix Español Compañía de Seguros reunidos

OLÓZAGA, NÚM. 1. Agencia en todas las provincias de España, Francia y Portugal.—41 años de existencia.—Seguros sobre la Vida.—Seguros contra incendios

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

Línea de Cuba y Méjico

El día 17 de Abril saldrá de Bilbao, el 20 de Santander y el 21 de Coruña, e. vapor "Alfonso XIII", directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela a Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba y Méjico:

El día 26 de Marzo saldrá de Barcelona, el 28 de Málaga y el 30 de Cádiz, el vapor "Antoato López" directamente para New-York, Habana y Veracruz. Combinaciones para distintos puntos de los Estados Unidos, litorales Cuba é Isla de Santo Domingo. También admite pasaje para Puerto Plata con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia

El día 11 de Marzo saldrá de Barcelona, el 13 de Málaga y el 15 de Cádiz el vapor "Montevideo", directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Unión, Colón de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinaciones para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná con trasbordo en Puerto Cabello y para Trinidad con trasbordo en Curaçao.

Línea de Filipinas

El día 17 de Febrero saldrá de Liverpool y el 25 de Abril de Barcelona habiendo hecho las escalas intermedias, el vapor "Isla de Panay" directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo Singapore y Manila sirviendo por trasbordo los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India Java, Sumatra, China Japón y Australia.

Línea de Buenos Aires.

El día 3 de Abril saldrá de Barcelona, el 5 de Málaga y el 7 de Cádiz, el vapor "León XIII", directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias

El día 17 saldrá de Barcelona el 18 de Valencia, el 19 de Alicante y el 22 de Cádiz, el vapor "M. L. Villaverde", directamente para Tánger, Caablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno a Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso haciendo las escalas Las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

El día 25 de Febrero saldrá de Barcelona y el 30 de Cádiz, el vapor "San Francisco" para Fernando Póo con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes
Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados
Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas a familias, Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos de mundo, servidos por líneas reglars. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas reglars. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES: Rebajas en los Retos de exportación.—La Compañía hace rebajas de 80 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo a lo establecido en la Real orden del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio Obras Públicas de 4 de Abril de 1904, publicada en la Gaceta del 22 del mismo mes.

La Equitativa dos Estados Unidos do Brazil

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA LA MAS IMPORTANTE Y ACREDITADA EN LA AMERICA DEL SUR

Dirección general para España: Alcalá, 12.—Madrid

CONSEJO DE ADMINISTRACION.—Presidente, Excmo. Sr. D. Trinitario Ruiz Capdepón.—Vicepresidente, D. Enrique Peinado y Vela.— Consejero Letrado, lmo. Sr. D. Alfonso Cebello y Guillén de Toledo.— Director Médico, D. Jesús Sabar a y Pardo.— Gerente, D. Haraldo J. Dahlauder y Francés.— Contador, D. Francisco José de Macedo Costa.

Seguros realizados: Más de 500.000.000 de pesetas.

Siniestros pagados: Más de 10.000.000 de pesetas.

Seguros de vida con sorteo semestral en metálico

Con una de estas pólizas se puede constituir un capital, garantizar el porvenir de la familia y recibir cada semestre, en metálico, el importe total de la póliza.

En el segundo sorteo celebrado el día 15 de Abril, resultó premiada la póliza de 5.000 pesetas, número 60.005 de D. Tomás Ortiz Izquierdo, industrial, domiciliado en esta Corte, calle de Atocha, número 55.

Para más detalles, Alcalá, 12.



El maravilloso reloj automático

GRAN RELOJERIA DE PARIS

FUENCARRAL, 59.—MADRID

Apartado de Correos, 436.

La última novedad; sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; méquina fuerte, de áncora, precisión.

Tiene dos aplicaciones fotográficas con cerquillo-medallón que se puede abrir y poner la fotografía que se quiera como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que éste que presesta el conocido industrial L. THIERRY.

Aparte de su belleza artística, es de méquina de precisión y seguridad.

Su precio es de 35 pesetas en seis plazos mensuales. Va por correo certificado, con aumento de 1,50 pesetas por franqueo.

L. THIERRY.—Gran relojería de París.
Fuencarral, 59.—MADRID.